

¿La contabilidad para la sostenibilidad es realmente una contabilidad para la sostenibilidad?... y ¿Cómo podemos saberlo? Una exploración a las narrativas de las organizaciones y el planeta*

Rob Gray

Resumen

La emergencia del desarrollo sostenible como la noción compleja a través de la cual los temas sociales y ambientales deben ser tratados –ya sea en niveles regulativos, personales u organizacionales- ha tenido una influencia creciente en la literatura contable. En adición a las exploraciones de lo que puede significar la contabilidad y las finanzas, hemos experimentado un crecimiento tanto en las críticas al reporte de sostenibilidad y como en los experimentos y especulaciones sobre cómo debe avanzar la contabilidad para la sostenibilidad. Este crecimiento – como con la contabilidad social y ambiental antes de ella- ha atraído críticas correctamente. Un tema convergente en tales críticas ha sido un cuestionamiento a que mucho del bagaje realista y procedimental asociado con la contabilidad ya no es apropiado cuando se busca una contabilidad para la sostenibilidad. Lo que se requiere, es una comprensión más matizada de lo que la sostenibilidad realmente es y cómo, si es posible, puede tener un significado empírico en el nivel de la organización. Este ensayo busca iniciar una auto-crítica de la contabilidad para la sostenibilidad a través del examen de los significados y contradicciones en el desarrollo sostenible que, a su vez, lleva hacia una sugerencia por el desarrollo de narrativas múltiples y condicionales que mientras no sean realistas o totalizadoras, explícitamente desafiará los clamores hegemónicos de los movimientos de negocios en la arena de la sostenibilidad y del desarrollo sostenible.

Introducción

El lenguaje por el cual la gente justifica su comportamiento cuando es desafiado por otro actor social... es una 'cuenta' (explicación)... La idea de las cuentas ha sido ampliamente usada... para estudiar las formas en las que... los desviados intentan negar o reducir su responsabilidad por el comportamiento que es visto como desfavorable o socialmente inaceptable. El uso de cuentas es un método para evitar el estigma de una acusación de... desviación (Abercrombie, Hill & Turner, 1984, p. 13)¹.

El desarrollo de contabilidad y reportes sociales y ambientales en los últimos cuarenta años aproximadamente ha resultado en un amplio rango de cuentas (explicaciones) potenciales de las interacciones (normalmente) organizacionales con la sociedad y el ambiente natural. Para todas sus fortalezas y debilidades, tales cuentas pueden ser comprendidas –al menos hasta un grado- como narrativas de eventos locales que articulan (con grados variantes de rigurosidad y extravío) las relaciones de la organización con (lo que ha llegado a ser visto como) sus 'grupos de interés' y/o su ambiente sustantivo inmediato. Cuando, alguna vez durante los noventa, empezamos a ver a las organizaciones hablando sobre 'cuentas de sostenibilidad' el giro lingüístico, deliberado o no,

* Tomado de "Is accounting for sustainability actually accounting for sustainability... and how would we know? An exploration of narratives of organisations and the planet" de *Accounting, Organizations and Society*, Volumen 35, Número 1, Enero de 2010, Páginas 47-62. Traducido por C.P. Fabián Leonardo Quinche Martín.

¹ Flojamente –aún maliciosamente- adaptado por el autor.

llamó nuestra atención hacia una escala global. Las cuentas ya no eran cosas potencialmente, medianamente articuladas a través de nociones mal especificadas de rendición de cuentas (accountability) y de responsabilidad –han llegado a ser el terreno controversial de la desacralización planetaria global, del humano y de otras especies que sufren y de la justicia social tratadas a través del lenguaje de la sostenibilidad, el desarrollo sostenible y el comercio.

Las preocupaciones que podemos tener acerca de la contabilidad social y ambiental –ya sean las fallas de las cuentas organizacionales que (dicen) descargan la rendición de cuentas o las fallas de sus proponentes para abarcar la *real politik* o para abarcar suficientemente la naturaleza controversial de tal contabilidad (Cooper et al., 2005; Everett, 2004; Lehman, 2001; Tinker et al., 1991)– son ciertamente no triviales (Gray, 2002; Gray, Dillard y Spence, próximo; Owen, Gray y Bebbington, 1997). Tales disputas y preocupaciones nos llevan al corazón de lo que podemos buscar en términos de balances de poder y responsabilidad, lo que puede significar la democracia y si el capitalismo necesita –y puede– reformarse. Aunque esto puede ser importante, tales preocupaciones no nos confrontan (normalmente) directamente con las amplias amenazas del sistema que tienen que ver con la vida y la muerte. Y aún son estas materias adicionales tan cruciales como la extinción de las especies; lo que es ser humano; cómo debemos comprometernos con nuestra humanidad; y nuestra responsabilidad con el planeta que estas apelaciones a la sostenibilidad y el desarrollo sostenible aumentan.

Es cada vez más establecido en la literatura que la mayoría de los reportes empresariales sobre la sostenibilidad y la mayoría de la actividad representativa de las empresas alrededor de la sostenibilidad realmente tienen poco, si algo, que ver con la sostenibilidad (Beder, 1997; Gray, 2006b; Gray y Milne, 2002; Milne, Kearins y Walton, 2006; Milne, Tregigda y Walton, 2003). En realidad estas cuentas pueden ser más fácilmente interpretadas refiriéndose a cómo las organizaciones *quisieran* entender la sostenibilidad y cómo, a su vez, sería conveniente para ellas si el cuerpo político quisiera acceder a tal visión. Al hacerlo, las empresas están en el proceso de construcción del discurso dominante alrededor de la sostenibilidad pero en una forma que –a lo mejor– ignora el discurso tanto de la literatura del desarrollo y la comunidad de desarrollo así como el cuerpo creciente de consenso científico (Bebbington, 2001; Gray y Bebbington, 2007; Milne, Ball y Gray, 2008; Spence y Gray, 2008).

Pero hay temas más complejos que tratar aquí. El más inmediato es probablemente que cualquier valoración simple de la relación entre una organización individual y la sostenibilidad planetaria es virtualmente imposible. Las relaciones e interrelaciones son simplemente muy complejas. Además, asumir que la noción de ‘sostenibilidad’ tiene un significado tangible en el nivel de la organización es ignorar todo lo que sabemos sobre la sostenibilidad. La sostenibilidad es un concepto basado en los sistemas y, al menos ambientalmente, sólo empieza a tener algún sentido en el nivel de los ecosistemas y probablemente es difícil conceptualizar realmente en cualquier otro nivel inferior del planeta y de las especies.

Sin embargo, el mismo razonamiento también puede ser aplicado a las propuestas y experimentos –predominantemente académicos– que han debido desafiar las prácticas organizacionales actuales y ofrecen algo que parece más como una cuenta –o un reporte sobre/una narrativa acerca– de la sostenibilidad. Sin duda, es improbable que estas también sean cuentas de la sostenibilidad. Y, si con probabilidad ellas no son ‘cuentas de sostenibilidad’, entonces ¿qué son?

Esto nos lleva al principal motivo de este ensayo: ¿hasta qué punto, si en algo, podemos dar cuenta de la sostenibilidad en el nivel organizacional? Especialmente, ¿cuál es la sostenibilidad que deseamos contabilizar y por qué podríamos desear llevar a cabo tal contabilidad? ¿Debemos, en efecto, buscar construir cuentas sobre ella (cualquiera que sea)?

El punto de partida inicial de este documento es una preocupación sobre la in-sostenibilidad de la organización humana global actual. Tal preocupación es exacerbada por una preocupación conmensurada de que el capitalismo financiero occidental, expansivo, internacional en particular está implicado en esta in-sostenibilidad². (Gladwin, 1993; Gladwin, 1999; Gladwin, Kennelly y Krause, 1995a; Gladwin, Krause y Kennelly, 1995b; Gladwin, Newburry y Reiskin, 1997; Zimmerman, 1994; Gray 2006a; Kovel, 2002). Sin embargo, en vez de tomar este punto inicial por sentado –tal como la literatura en contabilidad ambiental y social han tendido a hacer hasta la fecha (ver, por ejemplo, Everett y Neu, 2000; Lehman, 2006)– este ensayo busca exponer una comprensión matizada de la sostenibilidad. Especialmente, deseo empezar una exploración de qué tipo de sostenibilidad es la que nos preocupa y, al hacerlo, tratar de entender cómo podemos demandar saber sobre la (in)sostenibilidad. Tal examen provocará algunas preguntas difíciles e incómodas sobre las demandas de una ontología implícitamente realista y la(s) epistemología(s) que ella emplea, (Quattrone, 2006). En realidad, resulta que la misma noción de sostenibilidad tiene una relación problemática con la modernidad y bien puede ser que necesitemos entrar, por ejemplo, al territorio ontológico inestable de la estética en orden a comprender cómo sabemos sobre la sostenibilidad. Si abrazamos tal nivel de duda en nuestras presuposiciones ontológicas y epistemológicas podemos necesitar abarcar más explícitamente el reconocimiento de que las cuentas de la sostenibilidad al mismo tiempo comunica y construye la realidad (como Hines, 1988, nos recuerda). Nuestro desafío entonces llega a ser cómo arbitrar entre los clamores de lo puramente retórico y lo puramente objetivo dado que la humanidad busca determinar cómo puede comprometerse más sensiblemente con este planeta y sus habitantes.

Consecuentemente, el documento está estructurado como sigue. ‘¿Cómo luce la contabilidad para la sostenibilidad?’ establece lo que podemos comprender como el estado del arte en la contabilidad para la sostenibilidad, considerando tanto los clamores organizacionales y académicos en esta dirección. ‘¿Sostenibilidad? Conflictos, ambivalencia y modernidad’ profundiza en la relación compleja y conflictiva que la sostenibilidad tiene con la modernidad. Esta provee una base desde la cual explorar una comprensión más matizada de lo que es la sostenibilidad en ‘¿Entonces qué es la sostenibilidad?’. ‘¿Organizaciones y sostenibilidad?’ luego trata de relacionar la sostenibilidad con la organización: algo que es mucho más difícil de lo que normalmente se asume. ‘¿Contabilidad para la sostenibilidad?’ reintroduce la contabilidad y luego hace un intento de discutir temas que pueden ser pensados como emergentes desde este ensayo.

² Esta exploración permanece explícitamente consciente de (lo que podemos generosamente llamar) la ironía. ¿por qué debería un individuo que está obsesionado por la catástrofe global potencial vista a través de un tedio estético (como una respuesta a las actividades dominantes y la injusticia que nos rodea) preocuparse por la contabilidad, las revistas científicas, la educación terciaria formal en el contexto angloparlante y la actividad relativamente fácil de escribir? ¿Puede uno realmente hablar con autenticidad de asuntos globales desde la comodidad de la academia occidental?

¿Cómo luce la contabilidad para la sostenibilidad?

... “[las cuentas] siempre están comprometidas en la interpretación de una realidad compleja, parcialmente, y en una forma que se inclina a favor de lo que el contador es capaz de medir y elige medir, a través del esquema particular de contabilidad que es adoptado” Morgan (1988, p. 480).

Se ha dicho en más de una vez que si uno buscaba solucionar los problemas del mundo con poca probabilidad uno podría escoger a la contabilidad como el punto de partida. Sin embargo *si* vamos a considerar las narrativas de la sostenibilidad en el nivel organizacional, entonces son las cuentas –en el más amplio sentido del término– en el nivel organizacional lo que necesitamos observar³.

Las cuentas –o narrativas– de ‘la sostenibilidad de los negocios’ son un ejército y parece apropiado repetir brevemente algo de esta pléthora aquí. Se probará como conveniente considerar el rango de ‘cuentas de sostenibilidad’ en cuatro categorías sueltas. Estas categorías son: el discurso general en y alrededor de los negocios; el reporte corporativo mismo; las iniciativas ostensiblemente diseñada para fomentar la agenda de la sostenibilidad empresarial (y/o ambiental y/o social y/o la responsabilidad y/o la rendición de cuentas); y, finalmente, y más sustancialmente para nuestros propósitos aquí, el rango de experimentos (normalmente académicos) diseñados para proveer una articulación de la sostenibilidad en el nivel organizacional.

El lenguaje y significados implícitos en los términos ‘sostenibilidad’ y ‘desarrollo sostenible’ son ampliamente reconocidos como debatibles y no es sorpresa, por lo tanto, que el discurso que rodea los términos sea crucial en el desarrollo de su significación en la economía política ampliamente, (Dresner, 2002, cap. 5; Gladwin et al., 1995; Buhr y Reiter, 2006; Livesey y Kearins, 2002; Milne et al., 2006). El tema de interés es que a través de una repetición no crítica los términos pueden ser pensados como inscritos en el discurso común castrado y ampliamente trivializado. Como ilustración, encontramos libros de texto con títulos como *The Business Guide to Sustainability: Practical Strategies and Tools for Organisations*ⁱ (Hitchcock y Willard, 2006); artículos en revistas científicas influyentes titulados “Developing Value: The business case for sustainability in emerging markets”ⁱⁱ (Thorpe y Prakash-Mani, 2003); grupos empresariales representativos como el World Business Council for Sustainable Development nos pueden llevar a creer que “*Sustainability pays Off*”ⁱⁱⁱ (Oberndorfer, 2004); y *Accountancy* (la revista profesional del ICAEW) no siente reparo alguno en clamar “... *hay un caso empresarial innegable por tener una estrategia de desarrollo sostenible*” (*Accountancy*, Diciembre, 2008, p. 89). No escasean los ejemplos (ver, por ejemplo, Erusalimsky, Gray y Spence, 2006; Gray, 2008) pero lo que tienen en común es que raramente, si algo, consideran la ‘sostenibilidad’ en un sentido explícito y así cualquier clamor sincero es enteramente retórico. Consecuentemente, a través de la repetición, la ‘sostenibilidad’ llega a ser sinónimo de otras nociones tales como ‘responsabilidad social’ o ‘gestión ambiental’ y, más especialmente, llega a ser un término que no ofrece amenazas a las

³ Este pronunciamiento es hecho en la plena consciencia de los argumentos de Cooper, Taylor Smith y Catchpole (2005) y nada aquí busca contrariarlos.

ⁱ Guía Empresarial de la Sostenibilidad: Estrategias Prácticas y Herramientas para las Organizaciones (N. del T.).

ⁱⁱ Desarrollo del Valor: El caso empresarial de la sostenibilidad en mercados emergentes (N. del T.).

ⁱⁱⁱ La Sostenibilidad Paga (N. del T.).

actitudes y actividades empresariales (Gladwin et al., 1995; Buhr y Reiter, 2006; Livesey y Kearins, 2002; Milne et al., 2006). Esto tiene el efecto de presentar una serie de narrativas/cuentas cada vez más persuasivas de la sostenibilidad comprendiendo una mezcla benigna, ganadora [win-win], de logros económicos, de probidad ambiental y responsabilidad social. Esta tentadora receta muestra cada signo de popularización del discurso empresarial y de gestión –y probablemente del discurso político– poco cuestionado.

Naturalmente, tal narrativa, tiene un gran atractivo dentro de las empresas (ver, por ejemplo, Gray y Bebbington, 2000) y encuentra una de sus más tentadoras salidas en el reporte empresarial. Aquí revelamos que las corporaciones son aficionadas a persuadirnos de su armonioso compromiso con la sostenibilidad y el desarrollo sostenible:

“Nuestra visión es que los principios del desarrollo sostenible llegarán a ser una parte instintiva de los negocios cotidianos. Debemos revelar con valor razonable [fair value] a los accionistas basados en la competencia, la visión, la minimización de riesgos y la maximización de oportunidades” (Anglo-American Report to Society 2005: Anglo-American – a climate of change, p. 7).

“Nuestro enfoque: como una organización, creemos que el crecimiento sostenible en el valor de la acción se logra mejor a través de las prácticas empresariales sostenibles” (United Utilities plc Our Company 05: Stakeholder Report 2005, p. 4).

Tales pretensiones son generalizadas (ver, por ejemplo, Erusalimsky et al., 2006; Gray, 2006b; Milne y Gray, 2007; Milne et al., 2006; Tregidga y Milne, 2006) y, cómo el amplio discurso empresarial, no ofrece base evidencial para los pronunciamientos mientras nos tienta con el prospecto de un mundo de armonía y consumo.

Acechante dentro de estas pretensiones, con toda probabilidad, subyace un significante adicional de ‘sostenibilidad’ – aquella de la ‘sostenibilidad’ de los negocios. Mientras esta noción raramente es tratada con explicitud en las pretensiones revisadas aquí, es una noción que se adapta con comodidad a las preconcepciones de ‘como de costumbre’. En esencia, lo que parece pretenderse es que ‘los negocios’ continúen el futuro pronosticable (aunque este mismo es debatible en muchos niveles). Adicionalmente, dado que el lenguaje actual de los negocios gusta de tomar por sentado que ningún negocio puede ser exitoso sin la aprobación de sus grupos de interés como una entidad social y ambientalmente responsable, hay, consecuentemente, una presuposición no examinada de que los negocios son en realidad responsables. Además, somos invitados a acceder a la noción de que como todos los buenos negocios (tautológico aunque esto puede ser) son, en este sentido ‘sostenibles’, entonces un planeta dominado por los ‘buenos’ negocios probablemente puede ser asumido también como sostenible. La noción de que los negocios colectivamente son probablemente una causa principal de in-sostenibilidad y de que un planeta seriamente in-sostenible es improbable que tenga algún lugar para los negocios parece ser inconcebible. Tales mecanismos lingüísticos ayudan a desplazar nuestra atención enteramente lejos de cualquier noción de conexiones entre la actividad empresarial y la actividad responsable o sostenible (Bebbington, Gray, Hibbitt y Kirk, 2001; Gray y Bebbington, 2000; Milne et al., 2003; Milne et al., 2006; Milne et al., 2008; Tregidga y Milne, 2006).

Tales intentos en el discurso de los negocios o en el reporte mismo, parecen mucho una apropiación de los términos ‘sostenibilidad’/‘sostenible’ para significar, normalmente, una suave noción subdefinida de responsabilidad (empresarial). Son estas narrativas de la ‘sostenibilidad’ las que serán tratadas en este documento –deben ser cuestionadas y, si es posible, su garantía removida. Para los propósitos de este documento ellas **no** constituyen cuentas genuinas de sostenibilidad, pero son poderosas ficciones; cuentos de hadas que ayudan a los niños a dormir en la noche⁴.

Intentos aparentemente más matizados han sido los actos llevados a cabo por un rango de cuerpos, individuos e instituciones de empezar a ofrecer alguna articulación de lo que puede significar una cuenta de sostenibilidad en el nivel organizacional. Tales intentos no tienen una historia insustancial (ver, por ejemplo, ACCA, 2002; Institute of Chartered Accountants in England & Wales, 2004; SustainAbility, 2002; AICPA, approx 2003⁵) y, con la probable excepción de los cálculos de Huellas Ecológicas (a la cual volveremos luego), probablemente la más influyente de estas ha sido la Global Reporting Initiative (GRI, desde ahora: ver, por ejemplo, Adams y Narayanan, 2007) y el proyecto *Accounting for Sustainability* del Príncipe de Gales del Reino Unido (Hopwood, 2008; *Accounting for Sustainability*⁶). El proyecto *Accounting for Sustainability* busca vincular nociones de probidad social y ambiental centradas en los negocios dentro de la organización como un paso inicial a lo largo de un camino hacia algún resultado no especificado pero claramente deseable. Ningún vínculo con la sostenibilidad planetaria o social es explorado. La iniciativa GRI busca ofrecer un medio para producir una narrativa que puede ser pensada para aproximar una noción de sostenibilidad a través de una variante de la ‘Triple Línea de Resultados’^{iv} (TBL). De nuevo, ningún intento se hace para derivar relaciones sustantivas entre las exigencias de sostenibilidad global y las actividades organizacionales y las bases de las pretensiones de ser una cuenta o un reporte de sostenibilidad son por lo tanto principalmente retóricas. De modo más sustancial, se ha argumentado que no hay base sobre la cual sugerir que la sostenibilidad puede ser aproximada por reportes de las actividades económicas, sociales y ambientales de una entidad. Además igualmente hay poca evidencia para sugerir que los modelos tales como la GRI ofrezcan una aproximación sustantiva de la TBL (para más detalles, ver, Gray, 2006b; Henriques y Richardson, 2004; Milne y Gray, 2007; Milne et al., 2003; Moneva, Archel y Correa, 2006)⁷. Tales

⁴ Una concepción de sistemas de estos argumentos podría reconocer que mientras la sostenibilidad en el sentido Brundtland (ver luego) empieza desde una concepción planetaria y analiza el lugar de las organizaciones dentro de ella; los enfoques de la sostenibilidad que vemos aquí están exclusivamente centrados en la organización y toman una visión desde dentro de la organización (cuya existencia es incuestionable) y analiza el planeta y la sociedad desde dentro de tal contexto.

⁵ Acceso en <http://www.aicpa.org/innovation/baas/environ/faq.htm> Enero, 2009.

⁶ www.sustainabilityatwork.org.uk

^{iv} *Triple Bottom Line* en el original.

⁷ Henriques y Richardson (2004) por ejemplo argumentan que aunque la TBL puede tener valor como un mecanismo de rendición de cuentas, no captura la noción si o no tal entidad está contribuyendo a o separándose de la sostenibilidad planetaria. Tal no es el propósito de esa idea. Más simple aún, cualquier movimiento hacia/alejándose de la sostenibilidad proviene de la interacción de temas económicos, sociales y ambientales (y otros) en vez de desde el desempeño en cualquier otra área. Igualmente, la GRI es, al menos, un trabajo en progreso pero que ciertamente no es (y nunca podrá ser) una narrativa completa de las interacciones sociales y ambientales de organizaciones complejas (Gray, 2006a, 2006b; Moneva et al., 2006). Es posible construir una cuenta sustantiva que se aproxime a una descarga de rendición de cuentas de una organización de su *responsabilidad social* (ver, por ejemplo, Gray, Dey, Owen, Evans y Zadek, 1997; Gray, 2000; Spence y Gray, 2008). El único intento serio (del cual estoy consciente) de tratar y desarrollar una cuenta más sustantiva de cómo una organización puede proveer una narrativa de su contribución a/alejamiento de

narrativas son ofertas de movimientos hacia una noción más amplia y rica de la actividad corporativa, la toma de decisiones y la rendición de cuentas pero, en general, no son direccionamientos provisionales hacia la valoración de la sostenibilidad de las organizaciones. Para ello necesitamos girar hacia el rango de experimentos que encontramos en los negocios y en la literatura académica.

Estos intentos de ofrecer narrativas que están explícitamente atados a alguna noción de sostenibilidad pueden ser convenientemente categorizados como aquellos que se centran en: indicadores; narrativa financiera; y otras narrativas cuantitativas no financieras.

Sostenibilidad e indicadores de desempeño

Ha habido muchos intentos de identificar un rango de factores clave que pueden ser tomados como indicadores de movimientos hacia/alejándose de la sostenibilidad⁸. Un intento así de significativo es el proyecto del World Resources Institute (WRI) para derivar, desarrollar y aplicar indicadores de desempeño⁹ de prácticas menos in-sostenibles. En particular, Ranganathan (1998) sintetizó cerca de 50 estudios e ilustró dos dificultades continuas con tales enfoques. Primero, ella cataloga la imposibilidad cercana de conseguir cualquier aceptación (y por lo tanto uso) de indicadores que no están completamente integrados con sistemas de medición del desempeño financiero de las entidades interesadas. Segundo, convincentemente articula la dificultad continua de desarrollar alguna integración sensible entre lo económico, lo social y lo ambiental en la derivación de meta-indicadores. En esta experiencia, WRI repite mucha de la experiencia anterior con indicadores. Solamente en aquellas raras ocasiones cuando los indicadores capturaron los temas clave –y los temas son igualmente clave para todas las partes– puede el rango de indicadores necesariamente decirse que proveen una narrativa completa. Y aún entonces, como Ranganathan encontró, los usuarios parecen sentir la necesidad de tener conjuntos de indicadores simplificados e integrados que, fundamentalmente, socavan el valor de cualquier indicador que se aproxima a tales cuentas (ver, por ejemplo, Cave, Hanney, Kogan y Trevett, 1988; Glatzer, 1981; Parke y Peterson, 1981).

Representación financiera

El rango de intentos de ofrecer cuentas financieras de las organizaciones y su (in)sostenibilidad parecen ser ampliamente motivados por un supuesto de que solamente a través de la representación financiera es posible hablar a los negocios en un lenguaje que reconozca. Dado

la dimensión social de la sostenibilidad –normalmente llamada como *justicia social*– es el de McElroy (2008). La dificultad puede ser que las corporaciones, y el capitalismo mismo, son creaturas que son antagónicas a la justicia social y casi son, al contrario, los mecanismos más exitosos de injusticia social. Cómo esto puede ser superado no es claro pero es uno de los asuntos que las contra-narrativas parecen implicar.

⁸ Un proyecto basado en la ciudad en Seattle, Estados Unidos (Satterthwaite, 1999; Sustainable Seattle, 1998) es quizás uno de los mejores conocidos de estos.

⁹ Debe notarse quizás que muchos esfuerzos en esta área son conducidos por los negocios y/o la consultoría y, parece ser una consecuencia, no ponen atención particular a intentos históricos anteriores en el campo relevante. Así, dado el trabajo que trata explícitamente la sostenibilidad es relativamente reciente, ha habido experimentos e iniciativas con indicadores sociales, indicadores ambientales y otros intentos basados en negocios para desarrollar métricas sociales y ambientales también por cerca de un siglo (Ver, por ejemplo, Gray, Owen y Adams, 1996 y Gray y Bebbington, 2001 para una introducción a un número de estas áreas históricas).

este punto de partida, sin embargo, estos enfoques difieren significativamente en cómo ellos reaccionan al conflicto versus un enfoque gerencialista mejorado.

Un enfoque tal hacia la construcción de una cuenta financiera de la in-sostenibilidad de una organización es aquella de identificar los ‘costos sostenibles’ de la actividad de una organización. Este enfoque emplea el concepto de mantenimiento de capital como análogo a la sostenibilidad ambiental e identifica: capital hecho por el hombre, renovable/sustituible y crítico en el nivel de la organización. La ‘organización sostenible’ podría ser aquella que mantenga estos tres capitales durante el periodo ‘contable’. El ‘costo sostenible’ es el monto que la organización *debería tener que haber gastado si ha sido sostenible*. La figura que resulta de esto tiende a ser enorme (ver, por ejemplo, Gray, 1992). Pocas, si algunas, corporaciones son sostenibles a través de estos cálculos y, quizás de más importancia, el cálculo podría eliminar casi cualquier beneficio de una compañía –y esto por un periodo considerable de la historia. Los cálculos así ofrecen desafíos potenciales importantes a los negocios. El enfoque tiene problemas prácticos significativos por supuesto – nada menos que las organizaciones no desean mostrar tal ‘respuesta incorrecta’¹⁰ y la no disponibilidad de ‘opciones sostenibles’ dentro de los mercados actuales implica que el *monto que una organización tendría que gastar* no es conocible en cualquier sentido realista aunque es claramente muy grande (Bebbington y Gray, 2001 y ver también Herbohn, 2005 para una variación de esta experiencia).

Forum for the Future ha tomado un enfoque más suave del mismo principio básico y consideró la *remediación* –¿Cuál sería el costo de reparar el daño causado por la actividad organizacional (El ejemplo más obvio de esto es la retención de dióxido de carbono, sobre el cual hay mucha controversia ahora –ver, por ejemplo, Lohmann, 2009). Su trabajo continua mostrando que los negocios no son ambientalmente sostenibles pero, en su adopción de formas débiles de sostenibilidad¹¹ como principio subyacente, los costos potenciales envueltos parecen menos amenazantes a la mente empresarial (ver, por ejemplo, Howes, 2004; Taplin, Bent y Aeron-Thomas, 2006)¹².

Una variante influyente se ofrece por Paul Ekins (Ekins, Simon, Deutsch, Folke & De Groot, 2003) donde ‘las brechas de sostenibilidad’ son identificadas. Una brecha de sostenibilidad podría ser la distancia entre la actividad actual y la actividad que debería ser considerada como ‘sostenible’ (p. e., los niveles actuales versus niveles definidos de uso de energía per cápita). Entonces es posible estimar los costos necesarios para reducir la brecha de sostenibilidad. La principal ventaja de este enfoque es que posibilita que conversaciones entre el status quo y todas las variantes de la sostenibilidad se lleven a cabo. Las brechas iniciales entre (digamos) las mejores prácticas de transporte actuales y (digamos) la mejor práctica actual pueden ser usadas para proveer una valoración marginal de una brecha de sostenibilidad. Brechas adicionales entre la mejor práctica y lo que puede ser considerado actualmente como una práctica sostenible mínima puede entonces ser agregada después.

¹⁰ Una experiencia similar de provisión de ‘la respuesta incorrecta’ es cubierta en la Nota al Pie No. 14.

¹¹ Esto se discute luego. Ver, por ejemplo, Bebbington y Thomson (1996).

¹² Un ejemplo particularmente sorprendente de una compañía tratando de aproximarse a tales métricas dentro de sus propios reportes es aquel de BSO Origin en los inicios de la década de los noventa.

Un reconocimiento similar de incrementalismo subyace en las narrativas financieras ofrecidas por Figge y Hahn (2004). Sus cálculos del 'Valor Sostenible' nos proveen poca o ninguna evidencia sobre la sostenibilidad actual de la actividad corporativa sino que al contrario proveen datos comparativos sobre las compañías dentro de las industrias sobre el desempeño sobre los criterios de sostenibilidad seleccionados. El poder del enfoque depende de un enlistamiento más activo de los medios a través de los cuales las aproximaciones dramáticas son reportadas y que, consecuentemente, sugiere los niveles de trabajo financiero y económico que la mayoría de las organizaciones necesitan hacer con el fin de cumplir los actuales estándares de referencia (ver, por ejemplo, Figge y Hahn, 2004).

Alternativamente BP trabajando con académicos y consultores ha desarrollado el "Modelo de Valoración de la Sostenibilidad" (SAM – ver, por ejemplo, Baxter, Bebbington y Cutteridge, 2004) que es, en su encarnación inicial al menos, un sistema de análisis basado en un proyecto que produce una *sincronía* de los impactos económicos, sociales, ambientales y de recursos sobre su vida. La sincronía resultante busca informar a los gerentes sobre donde puede estar lo 'positivo' y lo 'negativo' del proyecto; cómo esta sincronía se compara con otros posibles proyectos en competencia y, además, en un mundo ideal, cómo esta sincronía está conforme a un estándar elegido por la compañía interesada. El enfoque ha disfrutado de una generalizada aplicación práctica en organizaciones que están buscando identificar formalmente que tan lejos su 'zona de confort' puede cumplir actualmente las demandas del desarrollo sostenible (Bebbington, 2007).

Cuantificación no financiera

Hay un rango de experimentos que han debido 'hablar de nuevo' (Zimmerman, 1994) sobre la sostenibilidad de la organización a través de la cuantificación no financiera. Son quizá tres los suficientes para proveer una ilustración aquí.

Jones (1996) y Jones y Mathews (2000) están basados en la ubicación de la biodiversidad en el corazón de una cuenta. En esta, el trabajo es reminiscente del intento inicial de Pallot de capturar algunos elementos de sostenibilidad ambiental regional a través de la provisión de un inventario básico de flora, fauna, hábitat y activos silvestres y otros 'activos naturales' (Pallot, 1997). El estudio de Jones provee el monitoreo de y los cambios en el hábitat y la flora y fauna 'críticos' (especialmente) en una reserva natural particular como un medio de monitoreo de la gestión de activos naturales.

Lamberton (2000) provee un análisis detallado en un caso singular en el cual busca construir una cuenta completa de sostenibilidad a través del monitoreo de todas las entradas y salidas físicas y la valoración del progreso en estos contra objetivos de 'sostenibilidad' específicos. El caso ilustra bien la complejidad absoluta de cualquier intento de representar completamente incluso la sostenibilidad ambiental en cualquier organización (aunque sea simple). Con más pertinencia, quizás, Lamberton ilustra explícitamente que aún unos valores basados en la organización como la entidad del caso, no pueden demostrar las contribuciones a la sostenibilidad pero parece más probable ser contribuyente de la in-sostenibilidad.

Uno de los discursos dominantes alrededor de la sostenibilidad que ha crecido rápidamente en los recientes años es aquel alrededor de la noción de huella ecológica (Wackernagel y Rees, 1996). La

huella ecológica, derivada inicialmente de los debates en torno al espacio ambiental, es una noción vinculada directamente a la capacidad de carga del planeta y busca medir el monto de uso de tierra que cualquier actividad requiere para su soporte. La esencia de la noción es que las personas occidentales requieren mucho más espacio para soportar su forma de vida de lo que lo hacen (digamos) la gente africana. La retórica típica que proviene de esto es la imagen de los tres planetas que sería necesarios para soportar la población mundial si India y China obtuvieran el nivel de consumo que disfruta Estados Unidos (ver, por ejemplo, Dresner, 2002; Meadows, Randers y Meadows, 2004; WWF, 2004; y para una crítica, Fiala, 2008). Inevitablemente hay dificultades considerables en la medición y aplicación de la noción pero se mantiene como un mecanismo poderoso y ampliamente empleado y, más pertinentemente, puede ser usado como la medida principal de la (in)sostenibilidad en el nivel organizacional (Chambers y Lewis, 2001; McElroy, 2008)¹³.

Hay temas que pueden ser obtenidos a partir de lo anterior. Primero, aunque hay un creciente número de cuentas inventivas y posibles de la sostenibilidad el número total no es vasto. La innovación y la experimentación aún no son esencialmente comunes en el trabajo académico. En adición a las dificultades que tal trabajo encontraría cuando sea ofrecido como investigación en el clima actual (ver, por ejemplo, Gray, 2002) hay un número de otras razones para esto. Una razón es que los experimentos sustanciales revisados anteriormente parecen demostrar sistemáticamente la *in-sostenibilidad* de la organización (Spence y Gray, 2008). Más explícitamente las nociones de sostenibilidad en el nivel organizacional están atadas a las nociones planetarias de sostenibilidad, al menos este parece ser el caso. Las organizaciones no se complacen con descubrir que son in-sostenibles –especialmente si han estado proclamando el lado opuesto en sus reportes. Igualmente, y quizás de mayor importancia, cualquier sugerencia de nuevas cuentas puede ser acusada de poca practicidad a menos de que existan las oportunidades para aplicarla en las organizaciones. La experiencia muestra que, las organizaciones no quieren una cuenta que amenace la credibilidad de su completa *raison d'être*. Consecuentemente, aquellas que *son* aplicadas seriamente a las organizaciones, casi sin excepción, serán de una naturaleza más anodina o aplicadas solamente por organizaciones basadas en valores no pertenecientes a la corriente principal¹⁴.

Así, a pesar de las cualidades de los experimentos en la formación de nuevas narrativas de la (in)sostenibilidad, nuestra capacidad de avanzar el programa de la contabilidad social y ambiental parece estar esencialmente limitado a la voluntad del capital de llevar a cabo investigación y compromiso. Quizás no es sorprendente que ciertas narrativas dominantes (gerencialistas y no-críticas) prevalezcan.

¹³ Este tipo de razonamiento también nos lleva hacia las nociones de asignación de recursos escasos más allá de la tierra (incluso en cuotas). Aquellos en los que el interés está actualmente elevado son obviamente el agua y el carbón.

¹⁴ Dos experiencias con organizaciones comerciales en diferentes países, con diferentes métodos y diferente personal han reportado los experimentos de estar estrechamente cercanos dado que ellos sugirieron las 'respuestas incorrectas'. Es decir, las organizaciones preocupadas solamente estaban interesadas hasta el punto que cualquier cuenta de la sostenibilidad mostró que ellas eran sostenibles. Es imposible saber si esta experiencia puede ser amplia pero parece excepcionalmente posible. (Agradezco el trabajo de Michael Fraser, un estudiante de doctorado en Victoria University en Nueva Zelanda).

En esencia, las cuentas ofrecidas por estos experimentos ofrecen un rango de narrativas sobre la (in)sostenibilidad organizacional. Tales narrativas conducen nuestra atención en este contexto actual por dos razones principales. Primero, cada uno de estos experimentos busca, con diferentes grados de franqueza, hacer eco de una multitud de relatos amplios sobre cómo debe ser entendida la sostenibilidad a través tanto de la literatura científica como ambiental (ver, por ejemplo, Goldsmith et al., 1972; Meadows et al., 2004; Schumacher, 1973; United Nations Environment Programme (UNEP), 2002; Millennium Eco Assessment Board, 2005; WWF, 2004 y ver Gray, 2006a; Milne et al., 2006 para un resumen en la literatura contable). Segundo, estos experimentos –de nuevo con varios grados–, ofrecen alguna oposición a la narrativa predominante, a veces totalizadora, de los negocios y la política: una narrativa que sugiere que, en general todo está bien con el planeta y sus habitantes (ver, por ejemplo, Moneva et al., 2006).

Pero el punto clave es que cada una de las narrativas revisadas anteriormente es diferente: ofrece una historia diferente sobre la (in)sostenibilidad. Cada una es parte de un rango de narrativas y cada experimento busca problematizar las pretensiones de los negocios sobre la sostenibilidad. Los experimentos, entonces, llegan a ser contra-discursos o aún contra-cuentas. Pero ¿hasta qué punto son fiables o incluso ‘verdaderas’ cuentas? Es bastante obvio (como Everett y Neu, 2000 argumentan) que la mayoría, si no todos, de estos intentos de contabilizar la sostenibilidad tienen en su núcleo, un intento de capturar y describir una realidad –transmitir una visión sincera y justa de el estado de ‘sostenibilidad’ de la organización. Dado que la sostenibilidad es una noción seriamente controversial en si misma –y no sólo en las cuentas de ella que vemos aquí–, nos advierte a explorar el fenómeno que deseamos contabilizar más a fondo. Esto es lo que se intenta en la siguiente sección.

¿Sostenibilidad? Conflictos, ambivalencia y modernidad

“... al intentar salvar a la naturaleza de una destrucción adicional [la posibilidad es que los ecologistas radicales] repetirán los errores que socavaron los objetivos positivos de emancipación de la modernidad y que llevaron a tal destrucción ecológica” Zimmerman (1994, p. 7).

La materia sujeto de este documento es la ‘sostenibilidad’ y las cuentas de ella. Pero la ‘sostenibilidad’ (y, además, analogías obvias como el ‘desarrollo sostenible’) no sólo es un término controversial y ambiguo sino que es frecuentemente un término capturado. Como hemos visto, su captura lleva a su (re)construcción por grupos poderosos y su uso en formas que distraen la atención de cualquier conflicto que pueda engendrar y el contexto planetario en el cual debe ser entendido. Para progresar en el análisis (y evitar desaparecer en un laberinto de oxímoron y tautología) emplearé un punto de partida convencional, en gran medida se confunde ‘la sostenibilidad’ con el ‘desarrollo sostenible’¹⁵ y se adopta la definición Brundtland. Esta definición sugiere que el desarrollo sostenible es aquel que satisface “las necesidades del presente sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras de satisfacer sus propias necesidades” (United Nations World Commission on Environment, 1987, p. 8). A pesar de la asombrosa variedad

¹⁵ Tal como es cada vez más común consideraré a la ‘sostenibilidad’ como un estado y al ‘desarrollo sostenible’ como un proceso a través del cual nos movemos hacia (o quizás lejos de) tal estado. Agradezco una vez más a Ian Thomson por esta distinción.

de debates que esta definición ha generado (ver, por ejemplo, Bebbington, 2001; Gladwin et al., 1995a; Thomson, 2007) se mantiene un amplio acuerdo de que: sea lo que sea este desarrollo sostenible, es una ‘cosa buena’; implica la preservación y/o el mantenimiento de un ambiente finito y crucial; e incurre en alguna deuda de la justicia social – entre y dentro de generaciones (ver, por ejemplo, Gladwin et al., 1995b; Pezzey, 1989a). La ‘Sostenibilidad’ emerge como compromiso planetario y moral y como involucrando acuerdos humanos y su impacto sobre un ambiente natural y social y la (in)justicia resultante. Se preocupa por la vida, la muerte, las especies, el sufrimiento y la opresión. Cómo demandar el logro de lo que la sostenibilidad puede ser, qué precio puede ser pagado por ella y dónde nos encontramos actualmente en relación al estado deseable de ‘sostenibilidad’ son materias de debate considerable –algunas de las cuales necesitamos tratar en este ensayo.

Para los propósitos de este trabajo, sin embargo, necesito expresar algunas de mis suposiciones ontológicas, no menos, dado que mi punto de partida tiene poco de un observador desapasionado, no comprometido, siguiendo materias de curiosidad intelectual¹⁶. Al contrario, estoy ejercitado por preocupaciones de que (inter alia) el planeta probablemente no sea capaz de continuar soportando la vida tal como la conocemos dentro de los tiempos de vida actuales. Esta preocupación se deriva (creo) de una combinación de una perspectiva histórica (ver, por ejemplo, Carson, 1962; Daly, 1980; Goldsmith et al., 1972; Meadows, Meadows, Randers y Behrens, 1972; Schumacher, 1973; Ward, 1966), una perspectiva más realista ofrecida por una serie de publicaciones reciente bastante escalofrantes (Meadows et al., 2004; UNEP, 2002; Millenium Eco Assessment Board, 2005; WWF, 2004; y ver también Simonis, 2008)¹⁷ y una perspectiva estética y ética ampliamente subdesarrollada y preocupada por un sentido de lo que puede significar ser humano en un contexto del siglo XXI occidental.

En un sentido, el propósito de este ensayo es explorar por qué tales materias pueden ser dignas de interés y cómo ‘sabemos’ que la profanación planetaria es un tema; cómo inferimos las causas de ello; y quizás incluso por qué (por ejemplo) la extinción o genocidio de especies son temas que merecen nuestra indignación moral. Para llevar a cabo un análisis de la sostenibilidad sus raíces, semiología y ontología claramente está más allá de mi enfoque pero podemos examinar un poco en profundidad a través del tratamiento de algo de la epistemología de la sostenibilidad.

La sostenibilidad no es sólo una noción compleja y elusiva sino una que está llena de una contradicción potencial (ver por ejemplo, Gladwin et al., 1995a). Quizá lo más interesante es el conjunto de relaciones ambivalentes que la sostenibilidad tiene con la modernidad. Dresner (2002) ofrece una clara articulación no usual de esto. Él sugiere que la sostenibilidad implica tanto un abandono de la modernidad como una profundización de ella (ver también, Gladwin et al., 1997).

Una contemplación de la sostenibilidad lleva a un abandono de la modernidad por que las exigencias de la sostenibilidad evocan una desesperanza de que la creencia en el ‘Progreso’ (y/o una creencia en la deseabilidad de dominar la Naturaleza para los propósitos del Progreso) ya no

¹⁶ Puedo legitimar tal enfoque por la referencia al argumento y apelación en Gladwin et al. (1997) para la reintegración de la emoción, el espíritu y la moralidad con el análisis y la búsqueda de la ‘verdad’.

¹⁷ Estos temas son resumidos y desarrollados en la literatura contable en Gray (2006a, 2006b) y Milne et al. (2006).

tiene ninguna sustancia moral o empírica. El mismo éxito de la modernidad ha expuesto los errores en sus asunciones de lo que la utopía puede llegar a parecer (Goldblatt, 1996).

En contraste, la sostenibilidad y su compromiso explícito con la equidad, la justicia social y la reforma social claramente hacen eco de los ideales de la Ilustración. Como Dresner expresa “...la sostenibilidad combina mucho del optimismo social de la Ilustración con la desilusión sobre los medios por los cuales los objetivos pueden ser logrados” (p. 5 y ver también p. 135 para más detalles). Si Dresner está en lo correcto (y la sugerencia tiene una apelación intuitiva), entonces mucho del conflicto y la confusión con qué sostenibilidad se trata llega a ser potencialmente algo más entendible. Ya sea que podamos buscar escapar de la modernidad y trazar algunos ‘otros’ medios de ser (cf Levinas) con los intereses asociados de un lapso en lo pre-moderno (Passmore, 1980). O podemos comprometernos con los órganos de la in-sostenibilidad y el riesgo perpetuando la modernidad en el corazón de nuestra *problemática*. “La paradoja es que la sostenibilidad es una filosofía firmemente basada en la noción de que los intentos de transformar la naturaleza probablemente son auto-destructores (contraproducentes), pero está en sí misma comprometida con el intento de transformar la sociedad y controlar su dirección futura”. (Dresner, 2002, p. 139). Además, todo esto empieza a sonar más como un caso de *modernización reflexiva* tal como podemos saberlo a partir de Beck (1992) y Giddens (1994) en los cuales (para citar de nuevo a Dresner) “El proceso cuando la sociedad tradicional ha sido destruida por la crítica racional que la modernidad ejerce sobre ella y la crítica racional es aplicada a los supuestos de la modernidad misma” (p. 152)¹⁸.

Los lentes de Dresner nos llevan a aprovechar esto un poco más aún. En un sentido básico nuestro interés en la sostenibilidad, tal como la entendemos aquí, demanda algún abandono de –o al menos la ambivalencia sobre– la modernidad. Esto, parece, establece dos tensiones. Primero estamos atrapados en el conflicto sobre la modernidad versus algún ‘otro’. Segundo tenemos una tensión sobre si lo ‘otro’ que podemos necesitar aceptar debe ser pensado ya sea como lo pre-moderno o lo postmoderno (Adicionalmente, e inevitablemente parece, no podemos escapar a la reflexividad de ser más o menos requerido criticar la modernidad a través de sus propias herramientas, conceptos y protocolos).

La tensión entre la modernidad y lo ‘otro’ es crucial. Es crucial en que la manera en cómo ‘conocemos’ la (in)sostenibilidad. Hasta un grado importante, mucha de nuestra construcción de la (in)sostenibilidad se basa en la misma esencia de la modernidad –la conducta y el reporte de la ciencia natural. Es la ciencia moderna la que nos proporciona las tecnologías y los métodos a través de los cuales categorizar, reunir y recolectar datos relacionados con el planeta y sus especies. Llegamos a conocer el mundo como construido por la Ciencia y nuestros argumentos¹⁹ alrededor de la sostenibilidad llegan a ser respuestas a tal construcción –ya sea que estemos hablando de la extinción de especies; el cambio climático global; la escasez de alimentos; la

¹⁸ La incertidumbre y el riesgo son temas tales para Giddens y Beck dado que hemos abandonado la tradición y también abierto tal rango amplio de posibilidades morales y difíciles sobre lo que podemos/debemos hacer/no hacer que ninguna sociedad previamente halla tratado (La dieta, el consumo,

¹⁹ Entre los aspectos más desconcertantes de la sostenibilidad y los debates alrededor de ella es que ¡hay muy pocos debates alrededor de ella! Tan lejos como uno puede decir de lo observable, la mayoría de debates en y alrededor (digamos) de la contabilidad, las finanzas, los negocios, la gestión, el consumo, la producción y el desarrollo ampliamente ignoran la sostenibilidad –tanto dentro como fuera de la academia.

declinación en el Índice de Desarrollo Humano, etc. Desde allí el debate (¿racionalista?) se mueve sobre el intento de comprender (codificar, identificar, medir y reportar evidencia) la relación entre las actividades de la humanidad y la evidencia del planeta asaltado. Estamos aprendiendo sobre y llegando a conocer la muerte del sueño moderno del Progreso a través de los mismos órganos de la modernidad: la modernidad también llega a ser uno de los posibles candidatos para las causas de la crisis misma.

Pero alternativamente –y sospecho que frecuentemente de manera simultánea– ‘conocemos’ la sostenibilidad en ‘otras’ formas. Una de tales ‘otras’ puede ser la de la estética. Ahora mientras la noción de la estética puede relacionarse a un amplio rango de ideas –frecuentemente atadas a intereses sobre el arte y/o el gusto– su intención aquí es connotar algo cercano a (aunque quizás más simple) el juicio estético y la intuición sensorial de Kant. Así es como vamos a saber que algo es bueno y/o cierto (sin embargo esto puede ser un solipsismo) a través de la apelación a nuestro propio sentido de armonía intuitiva, rectitud, coherencia –incluso la autenticidad en el sentido existencialista. Así un interés en la sostenibilidad puede derivar en uno estético a través de alguna noción de lo incorrecto, una reacción a la fealdad se enfrenta a una noción espiritual de lo ‘correcto’. Esta noción, aunque mal formada, es un importante hilo transversal a través de mucha literatura ambiental; empezando por el notable desarrollo y adopción de una ‘ética de la tierra’ de Leopold (1949/1989) y, más sugestivamente, un factor clave en Dryzek tal como lo veremos luego. Este tema estético es uno de los cuales parece ser subestimado en la literatura pero que, tengo, me habla en voz alta.

Hasta el punto en que tal estética puede ser privilegiada, dando *garantía*, e invocada como una *auténtica* fuente de comprensión (como Sartre consideraba), podemos explorar nociones más completas de la reacción moral y estética como base de (probablemente) razonamientos deontológicos. Sin embargo, basarse en una estética incrementa tanto la promesa como el espectro de un retorno a un pre-modernismo (sobre el cual tanto Latour, 1998 como, aunque más poéticamente, Passmore, 1980, nos previenen). Quizás igualmente inquietante, basarse en una epistemología estética permite una aceptación de lo Romántico.

Este interés resuena con la división del discurso verde radical de Dryzek (1997) entre las corrientes del *Racionalismo Verde* y del *Romanticismo Verde*. La corriente *romántica* podría llevarnos a cambiar nuestras actitudes y creencias, nuestras estructuras de existencia tal que podamos interactuar con los demás y con la naturaleza en maneras ecológicamente benignas. La corriente *racionalista* podría aceptar tanto el uso selectivo de valores de la Ilustración como un “cuestionamiento abierto y crítico de valores, principios y formas de vida...” (p. 172). Como ilustra Dryzek, estas dos corrientes, las tensiones entre ellas, y la vinculación de ellas representa un tema rico y reconocible en la literatura alrededor de la sostenibilidad. En realidad el vínculo es quizás el más intrigante donde, como Baxter (1999) demuestra, la corriente *racionalista* desplegará argumentos sobre la “importancia moral de lo maravilloso” (p. 9) y por lo tanto nos confronta con el ‘otro’ esencial a través del cual toda la modernidad es negociada (ver, por ejemplo, McCloskey, 1998; para una tensión similar en un contexto diferente).

Claramente está más allá de mi enfoque (y mi capacidad) intentar resolver todas las cuestiones interesadas con lo pre-moderno, lo moderno y la postmodernidad aquí. Sin embargo, parece claro que nuestra epistemología (occidental) es incapaz de desentrañar lo modernista y lo ‘otro’ al tratar

de entender (algo como) la sostenibilidad. Por lo tanto parecería ser un *sine qua non* que podemos ver en la sostenibilidad a través de los lentes de lo (o algún) 'otro' con, como Latour y Leopold identifican, un compromiso crítico con las herramientas de la modernidad.

Esto es algo que Zimmerman (1994) toma. Como Dresner, Zimmerman identifica el conflicto en las actitudes de los ambientalistas radicales con la modernidad y va una serie de pasos más allá. Identifica la ecología radical, al menos en su inceptión, como una mezcla políticamente incoherente de, por un lado, los principios emancipadores de la modernidad vinculados con un disgusto en las enfermedades de la modernidad; y, por el otro, un romanticismo pre-moderno usualmente haciendo genuflexión a la profunda sabiduría asumida como propia de los pueblos tribales y las primeras naciones. Zimmerman identifica algo de este romanticismo en Heidegger y el Nazismo (p. 5) y esto nos previene del potencial de tendencias reaccionaria en lo que a veces parece como postmodernismo. Zimmerman va hasta subrayar mas mismas preocupaciones reales de, entre otras, los radicales ecologistas de que la postmodernidad en su rechazo a las grandes narrativas *está* tan opuesta como cercana a *poder ser* neo-conservadora. Pero en el postmodernismo crítico, Zimmerman vislumbra visiones de posibles y mejorados futuros que llevarán a cabo "anhelos utópicos ingenuos" (p. 15) y los peligros de los lapsos dentro de la política reaccionaria. Aquí podemos empezar a hacer eco del proyecto de (por ejemplo) Arne Naess (1989) cuya plataforma de Ecología Profunda es pluralista y múltiple y que, muy de acuerdo, rechaza la metanarrativa y la persecución de la certidumbre. Aquí también es que el mundo de lo múltiple y lo dialógico empieza a ofrecer tracción en donde visiones (no verdades) son ofrecidas y negociadas²⁰.

Lo que estamos tratando aquí es alguna estrategia epistemológica a través de la cual tratar el concepto de sostenibilidad. Parece poco dudoso que el tema sea importante –por cualquier significado normal del término– pero puede parecer eminentemente elusivo. Sin embargo, la duda es tan omnipresente como para prevenir cualquier movimiento no es realmente una opción: o al contrario no es una opción si las cuentas dominantes de la modernidad y las cuentas (usualmente implícitas) de una sostenibilidad tecnológica y económicamente revelada no se dejan sin ser cambiadas (ver, por ejemplo, Everett, 2004). Necesitamos movernos más allá comprometiéndonos con una noción emancipadora de la duda dentro de la cual podemos retener algún núcleo de conocimiento: algo, en esencia, como la noción de Keats de 'capacidad negativa'²¹.

¿Entonces qué es la sostenibilidad?

"... la sensibilidad crítica postmoderna excomulga el mundo del espíritu, absolutiza al hombre terrenal, racionaliza instrumentalmente toda la vida, y se aferra a la creencia de que los destinos pueden ser controlados a través de la ciencia. Se cree que tal secularización debe llevar a la anarquía moral, al relativismo moral y al nihilismo cultural. Con el oscurecimiento de la vida espiritual, la sociedad ha llegado a ser más desmoralizada y el dominio de sí mismo se ha evaporado. Muchos ven la crisis y la insostenibilidad global fundamentalmente como un problema moral dado que requiere un cambio desde los

²⁰ Retornaremos a esto luego cuando consideremos las nociones que Thomson y Bebbington (2005) han introducido con su discusión de cuentas dialógicas.

²¹ He expresado mi adhesión a la capacidad negativa antes, expresada en la forma en que "creo que 'X' puede ser el caso mientras se acepte sin reserva que 'no-X' puede ser el caso".

valores moralmente corrosivos, y también un problema religioso en tanto demanda un despertar al sentimiento de compasión e inspirar motivación. El desarrollo sostenible por lo tanto necesita una confluencia de la conciencia científica de la vida y los valores morales y religiosos de afirmación mundial (Gladwin et al., 1997, p. 253).

Cualquier intento de acercarse a una cuenta (normalmente) organizacional de la sostenibilidad requiere que tratemos cómo tal cuenta se articulará con la comprensión a nivel planetario del término. La primera elección que hacemos por lo tanto, sobre tales contabilizaciones debe la elección de cómo podemos imaginar y describir (contabilizar) un estado en el cual la sostenibilidad es de interés y preocupación (ver O'neil, Hollan y Light, 2008; especialmente p. 153 *et seq.*). Nuestra contabilidad para la sostenibilidad inicial toma el planeta como su entidad contable. Para intentar esto estamos forzados a tomar algunas decisiones en cuanto a las justas reclamaciones de los prometeicos, los panglossianos, los primitivos, los descontentos, los anti-trafficantes (doom-mongers) y comedores de loto. En esencia, ¿cuánto de la modernidad podemos salvar y qué de su ciencia podemos creer?

Dado que un romántico o un post-modernista extremo puede aceptar un rechazo a toda la ciencia, la mayoría de los comentaristas desde Leopold hasta Latour, desde Carson hasta Dryzek; desde Gladwin hasta Zimmerman podrían llevarnos a confrontar el cuerpo de evidencia que la ciencia nos ofrece. Esta literatura podría entonces aconsejarnos de acercarnos a la evidencia con escepticismo y duda –pero esto no es para rechazarla. Si vamos a abandonar todas las categorías, toda observación, incluso todos los avances de la modernidad entonces, *inter alia*, estas palabras no existen y no pueden existir en alguna forma objetiva y comunicada como el computador, la electricidad y el papel son todas las manifestaciones de la misma modernidad²². Entonces, por muchas razones, no siendo el pragmatismo la menor de ellas, vamos a aceptar condicionalmente que la ciencia busca, von grados variados de confiabilidad, informarnos sobre nuestro mundo y su estado. Sin embargo, esto no sugiere que necesitemos aceptar acríticamente una narrativa totalizante de la sostenibilidad exclusivamente desde la ciencia pero tampoco sugiere que abandonemos todo lo que la ciencia puede mostrarnos. Igualmente, es claro que, lógicamente, ya sea que un futuro sea probable o incluso posible simplemente no es ‘conocible’ de cualquier manera inductiva (ver Russell, 1986 tal como lo cita Milne et al., 2008).

Tal estrategia epistemológica nos lleva a un lugar de duda Brechtiana, un espacio Keatsiano de capacidad negativa, donde podemos, a la fuerza, seleccionar pragmáticamente desde los discursos sobre ofrecer y evaluar reclamos justos lo mejor que podamos. Como Zimmerman deduce: “...*los seres finitos no tienen acceso a la verdad absoluta, y establecer verdades finitas frecuentemente es un proceso difícil, discutible y políticamente cargado. Con todo, nada de esto previene algunos textos históricos, filosóficos o científicos de ser más informativos, ilustrativos, y ‘veraces’ que otros.* (Zimmerman, 1994, pp. 99-100). Por supuesto, el truco es decidir cuales de estos son y esto, a su vez, puede (parece) reflejar nuestras predisposiciones (temporarias) y el amplio proceso político.

²² Puede, por supuesto, ser que tal ausencia es un fuerte argumento para la muerte de la modernidad. Esta efusión interminable de exploración casi autista, algo de la cual busca destruir las mismas bases de lo que es para emprender tales efusiones, es una circularidad de la mayor inutilidad. Pero eso es otra historia.

Desde aquí podemos proceder con razonable confianza que la sostenibilidad *no* es exclusivamente una estructura discursiva. Podemos presuponer una forma de verdad que depreda el lenguaje; e, igualmente, pre-supone que es a través de tal lenguaje que estas formas de verdad son negociadas. La modernidad no necesita y no debe enteramente ser abandonada. En realidad, si voy correctamente, podemos burlar un espacio de condicionalidad desde la postmodernidad crítica de Dryzek, la reflexividad de Beck y Giddens y la fenomenología de Husserl. Husserl, parece (Jones, Martin y Ten Bos, 2005, p. 70 *et seq.*), fue capaz de ofrecernos el argumento de que el significado reside enteramente *no* en el objeto mismo *ni* enteramente en la observación de los observadores de él: “*El significado es un resultado de una interacción compleja de un objeto y un sujeto observador. Es en el encuentro del sujeto con un fenómeno que el significado tiene lugar*” (Jones et al., 2005, p. 71).

Hay una necesidad de narrativas plausibles del planeta y sus especies. La clave entre estas son aquellas narrativas de opresión, destrucción e injusticia –la insostenibilidad en efecto. Es un pequeño, aunque explícito, paso para expresar esto como un estado de la naturaleza que compromete apropiadamente nuestros seres morales (ver, por ejemplo, Eckersley (2007) cuando habla sobre las apelaciones a la moralidad “más allá de la humanidad”).

Entonces si podemos aproximarnos a una narrativa –o mejor, a una serie de narrativas– sobre la (in)sostenibilidad, ¿Cuáles son las características de tales narrativas que podemos buscar aceptar?

Es difícil –quizás incluso imposible– no equivocarnos aquí. En lo mínimo, aún, parece que cualquiera de tales cuentas debe ser provisional, dudosa, política autoconscientemente, y reconocedora del conflicto. Muchas de las fuentes de provisionalidad y duda ya las hemos visto. Maunders (2007) nos aconseja reconocer adicionalmente que sea lo que signifique la sostenibilidad para nosotros es culturalmente dependiente e inmanente en formas que nosotros excepcionalmente de modo improbable estamos capacitados para reconocer y virtualmente incapaces de analizar de un modo sistemático. Este elogio no sólo es una desconfianza cultural a nuestra indagación sino que sugiere que no podemos saber cuándo tal desconfianza refleja sabiduría o no. Pero –y esto es una consecuencia clara de nuestra discusión– no hay una razón *a priori* para privilegiar (p.e.) lo romántico si, igualmente, somos reacios a privilegiar lo moderno.

Para esto debemos añadir también las dudas que podemos tener sobre cualquier narrativa –ya sea que tal narrativa esté preocupada por el estado de nuestro mundo o las causas primarias de tal estado²³. Esto, a su vez, trae un reconocimiento de la naturaleza política esencial de tales cuentas. Como un concepto inicial traído al escenario mundial, el desarrollo sostenible fue forjado en un contexto explícitamente político y la misma contestabilidad del término es lo que ha llevado al acuerdo en que debe ser logrado y que ha mantenido un lugar para el discurso innovador y

²³ Tales dudas probablemente incluirán; las dudas que una deconstrucción extrema de las narrativas científicas inevitablemente traería sobre nuestra evidencia (Simon y Kahn, 1984); el reconocimiento de que una narrativa científica totalizante probablemente necesite ser resistida (Latour, 1998); las dudas persistentes sobre el cambio climático antropomórfico (Bailey, 2002); el trabajo reaccionario para socavar cualquier acuerdo alrededor de la preocupación global (Mayhew, 1997); las dudas sobre el punto hasta el cual cualquier dislocación global es una consecuencia de las actividades humanas; la condicionalidad de si o no la humanidad puede y debe responder a estas preocupaciones (e.g. Lomborg, 2001) y el desconocimiento de lo que realmente la ‘sostenibilidad’ puede significar (Gladwin, et al., 1997).

alentado el compromiso entre las fuerzas de la complacencia Panglossiana y aquellos del fatalismo pesimista (Dresner, 2002; WCED, 1987, p. 33; Baxter, 1999, p. 197; Pezzey, 1989a).

Finalmente, el conflicto parece inevitable en cualquier narrativa sensible de la sostenibilidad. El conflicto es esencial al debate continuo acerca de las causas de la in-sostenibilidad y, especialmente, si esta lamentable situación es una propiedad inevitable del planeta o una consecuencia directa de las actividades del hombre. Además, el conflicto se deriva inevitablemente de las sugerencias de que la in-sostenibilidad puede ser una consecuencia esencial del moderno capitalismo financiero (Kovel, 2002; Porritt, 2005).

La cualidad esencial adicional de cualquier cuenta de la sostenibilidad podría, parece, ser que tal cuenta o cuentas podrían desafiar cualquier discurso totalizante aunque sin fundamento (especialmente aquel de los negocios) y explorar formas a través de cualquier impase entre los discursos dominantes aunque conflictivos (Goldblatt, 1996; Zimmerman, 1994).

Un enigma inevitable es que hay muchos –quizá una infinidad de– estados potenciales de sostenibilidad. Lo que estos estados pueden llegar a parecer es principalmente un ejercicio de imaginación –pero una imaginación informada por el arreglo de decisiones sobre tales cosas como: ¿qué debe sostenerse; por cuánto tiempo; y en qué condición? Clave para explorar estas decisiones es la determinación de la importancia relativa de la humanidad presente y futura y su importancia con respecto a otras especies (Dresner, 2002; Gray y Bebbington, 2001; Porritt, 2005). Hay, sin embargo, una convención de que debemos considerar un rango limitado de *tipos* de sostenibilidad y esto, a su vez, sugiere un conjunto más limitado de supuestos potenciales a atender como por qué es necesario lograr tales estados. La heurística conveniente para esto es el continuo *sostenibilidad débil-sostenibilidad fuerte* (ver, por ejemplo, Redclift, 1987; y, en la literatura contable, Bebbington, Gray, Hibbitt y Kirk, 2001; Bebbington y Thomson, 1996). Dresner, con su claridad característica, ofrece una dicotomía simple entre los dos fines del espectro. “*La sostenibilidad débil lleva al capital hecho por el hombre a sustituir al capital natural. La sostenibilidad fuerte no*” (Dresner, 2002, p. 77). En esencia, la sostenibilidad débil está basada sobre la noción de que lo que actualmente consideramos como los productos del crecimiento económico puede llevarse a compensar (por ejemplo) las pérdidas de: especies; hábitats; recursos naturales; o funciones ecosistémicas. Bajo la forma más fuerte de sostenibilidad (*sostenibilidad muy fuerte*), la vida humana como la conocemos podría ser ciertamente casi imposible (Pezzey, 1989; tal como lo cita Dresner, 2002, p. 81)^{24 25}.

²⁴ En una ilustración conveniente del punto sobre las definiciones, la alternativa de la *sobrevivencia* es introducida a veces para proveer un punto más allá del cual la sostenibilidad es inconcebible.

²⁵ La forma débil de sostenibilidad claramente domina la mayoría de las formas del discurso sobre la materia dado que ella armoniza con *el paradigma social dominante* (DSP). Kilbourne, Beckmann y Thelen (2002, p. 194) argumentan que el DSP es dominante no porque represente las visiones de la mayoría de la gente sino por que es la visión tomada por la gente dominante. Para ellos sirve para justificar el status quo y el conjunto actual de acciones que desean llevar a cabo. Las nociones de sostenibilidad que desafían esto –que producen las *respuestas erradas*– simplemente no son permitidas. Gladwin et al. (1995b) aprovechan aún más esto (y ver también Banerjee, 2002) cuando argumentan que la simplificación, captura y apropiación de la sostenibilidad es inevitable a causa de que las nociones y lo que requieren simplemente no cuadran dentro de un forma de pensar occidental moderna y/o dentro del paradigma de gestión (Dunlap y Van Lieve, 1978). Una articulación autopoietica de esto puede sugerir que cualquier otra sostenibilidad más allá de la débil no ‘cifra’ para la organización o para el DSP y así será rechazada.

Así, a través, *inter alia*, de la interrelación entre la plétora de estados potenciales de sostenibilidad y el rango de estrategias epistemológicas que pueden ser adoptadas, claramente no hay una 'sostenibilidad' singular que pueda ser conocida y contabilizada. Lo que puede haber, con toda probabilidad, son formas más tangibles de conocer la in-sostenibilidad bajo diferentes supuestos. Así, mientras, por ejemplo, no podemos decir cual es la apariencia de un estado singular de sostenibilidad fuerte podemos decir, inequívocamente, que el capitalismo financiero moderno no es una forma fuerte de sostenibilidad. Con esto en mente, podemos empezar a examinar cómo esas comprensiones de la sostenibilidad pueden ser aplicadas a la organización.

¿Organizaciones y sostenibilidad?

Actualmente no es posible (y puede ser que nunca sea posible) construir una narrativa totalmente confiable que hable directamente de la sostenibilidad en el nivel corporativo u organizacional. Esto es a causa de tres razones principales –y justamente insuperables–.

Primero, la sostenibilidad es tanto un concepto ecológico como societal que sólo raramente, si en algo, coincidirá con los límites corporativos u organizacionales (Gray y Milne, 2004; Milne y Gray, 2007). Aquí es donde podemos hablar de justicia dentro de las sociedades y las capacidades de carga ecológicas en un nivel global o incluso regional. Su traducción al nivel corporativo está cargado y puede, en un número de formas particulares, no ser sensible.

Segundo, la "sostenibilidad" misma se relaciona con un estado, una forma de ser. Como ya hemos sugerido, no hay una posición "sostenible" singular –potencialmente puede ser lograda por tantas muchas soluciones practicables como nuestra imaginación puede producir. No hay un lugar singular al cual llegar y así no hay forma de decir que hemos o no hemos llegado a tal lugar. La política, las preferencias, el conocimiento, la religión y la espiritualidad, la comprensión de la ecología planetaria, la moralidad, entre otros, son todos ingredientes en cualquier solución sostenible tal que una noción escogida de sostenibilidad es un resultado colectivo de todos estos juicios de valor personales²⁶.

Finalmente, cualquier estado sostenible previsible será resultado de las interacciones entre las organizaciones, los individuos, las sociedades y los estados. Es posible imaginar, por ejemplo, que una organización puede claramente estarse comportando en una manera "insostenible" (extrayendo recursos finitos de la tierra por ejemplo) pero es haciendo esto dentro de un sistema sostenible que conscientemente y deliberadamente compensa por esta extracción en alguna forma u otra. Así es posible imaginar un mundo donde todas las entidades no tengan que ser "sostenibles" en su propio derecho. Igualmente, podríamos también imaginar situaciones en las cuales puede ser pensado estar contribuyendo a la sostenibilidad (por ejemplo, conseguir agua para los pueblos sumidos en la sequía) en alguna manera insostenible (por ejemplo, usando un motor de transporte). El efecto neto de esto puede ser sostenible a través de algún cálculo societal. Consecuentemente, requerir que todas las entidades sean sostenibles es innecesario y probablemente indebidamente restrictivo.

²⁶ Es relativamente simple argumentar que un mundo sin humanos es sostenible y, a través de la mayoría de interpretaciones del término, podría serlo. Dejando las cuestiones de justicia a un lado, esta no es una solución que la mayoría de los humanos lleguen a aceptar.

Nada en esta complejidad argumenta necesariamente que las valoraciones tentativas de la actividad organizacional con referencia a temas de sostenibilidad no tengan mérito. En realidad, haciendo eco indirectamente de Mintzberg (1983)²⁷, parece haber dos razones de peso por qué, a pesar de cualquier imposibilidad aparente, alguna narrativa de sostenibilidad es alguna forma u otra debe ser derivada.

Primero, como ya hemos visto las demandas de sostenibilidad de las corporaciones son totalizantes, sin apoyo (Greer y Bruno, 1996; Moneva et al., 2006; Gray, 2006b) y potencialmente peligrosas (ver, por ejemplo, Beder, 2006). Crean una visión dominante que está completamente sin fundamento (Doane, 2005) y que no soporta un desafío al (mismo) modelo de sostenibilidad débil. Tal modelo, si es incorrecto, tendrá consecuencias genuinamente catastróficas por cualquier medida razonable. En un mínimo, alguna narrativa de nivel organizacional es esencial para ofrecer una voz diferente aquí²⁸.

La segunda razón se relaciona con el poder de las corporaciones y es la que da a la primera razón tal importancia. Habitamos en un mundo en el cual las corporaciones son, para todos los intentos y propósitos, el principal centro de poder e influencia (Korten, 1995, 1999). Es tal el caso que comentaristas influyentes simplemente aseguran que cualquier solución a las exigencias de la sostenibilidad deben involucrar a las corporaciones dado que ninguna otra solución es posible (ver, por ejemplo, Hawken, Lovins y Lovins, 1999). Si este es el nivel en el cual el poder e influencia está operando, el nivel en el cual los gobiernos parecen cada vez más desear prorrogar, y la fuente (estamos animados a creer) de todo esto es esencial y bueno en la vida de una economía desarrollada, entonces tal poder debe estar vinculado con la responsabilidad. Una narrativa de la responsabilidad con respecto a temas de sostenibilidad parece un mínimo de esto, especialmente como dado que la liberalización y la globalización llegan a ser una hegemonía no desafiada (Levy y Egan, 2003; Spence, 2009).

La tercera razón, que puede ser la de mayor peso, tiene que ver con la naturaleza del capitalismo. En la alineación de los potenciales villanos que pueden estar cargados con, si no causando, la contribución a la (in)sostenibilidad, ya hemos visto la modernidad y para esto necesitamos agregar la semilla más grande de la modernidad –el capitalismo. El capitalismo financiero internacional ha sido identificado como un componente principal en la destrucción (particularmente) ecológica para gran parte de la historia del movimiento ambiental moderno (ver, por ejemplo, Zimmerman, 1994, p. 153). Kovel (2002) ofrece una crítica más estridente del capitalismo como la fuente principal de la destrucción ecológica ubicando a la naturaleza del capitalismo como aseguradora de que la justicia social y la destrucción ecológica sean inevitables. El capitalismo y sus tendencias destructivas son manifiestos a través de su mayor creación –la corporación (ver, por ejemplo,

²⁷ La preocupación de Mintzberg era que la responsabilidad social no podía funcionar. Yo tendría dudas considerables de que la sostenibilidad corporativa u organizacional fuera una proposición realista –especialmente bajo condiciones del capitalismo de mercado financiero. Parece valioso notar que la mayoría de las discusiones acerca del crecimiento económico no tratan el capitalismo aritmético o financiero y hasta qué punto el crecimiento es esencial para él.

²⁸ El principio de precaución solo podría sugerir que cambiamos los límites de la prueba desde aquellos que quieren evitar riesgos hasta aquellos que desean tomar riesgos –p. e. aquellos que soportan mercados y corporaciones relativamente sin restricciones. El principio requeriría que la toma de riesgos –aquí riesgos planetarios o ecosistémicos– tenga que encontrar la prueba más allá de cualquier duda razonable (Dresner, 2002, p. 129; Beder, 2006).

Bakan, 2004). La corporación está ubicada en el corazón de la preocupación por tres amplias razones. Primero, la naturaleza de la corporación públicamente tomada es tal que su cuarto de discreción es pequeño comparado con las presiones sobre ella para producir retorno financiero de corto plazo virtualmente a cualquier precio. Segundo, la corporación logra este retorno a través de llegar a ser una máquina de generación de desechos que prospera sobre el creciente pero fatuo consumo de basura. Finalmente, los poderes de regateo y legitimación de la corporación se tornan hacia la sociedad civil y el estado para asegurar que cualquier tendencia a refrenar o tomar a las corporaciones para responder es, cuando menos, silenciada (Bakan, 2004; Beder, 2006).

Así, podemos ubicar la organización en el corazón de nuestras preocupaciones sobre cómo la sostenibilidad es amenazada, representada y manifestada. Como vimos anteriormente, las demandas cada vez más seductivas de la corporación hacia un estado de sostenibilidad están en el despliegue natural de los mecanismos discursivos simples para permitir a la organización seguir su dirección psicópata dentro del capitalismo.

Así, hay narrativas de sostenibilidad, muchas en el nivel organizacional y son estas narrativas las necesarias para ser desafiadas. En el más amplio sentido, esto es lo que la contabilidad sustantiva de la sostenibilidad debe ofrecer: narrativas alternativas del estado de la actividad organizacional con respecto a lo que es probablemente el mayor tema a enfrentar –y quizás el que hemos enfrentado– por la humanidad y otras especies sobre el planeta. Tal objetivo es sugerido en el reconocimiento claro de que gran parte de la contabilidad está bajo el control de aquellos que pretenden apropiarla para explicar.

¿Contabilidad para la sostenibilidad?

La contabilidad, ciertamente la contabilidad convencional, debe ser pensada como la misma esencia de la modernidad y cualquier compromiso con la contabilidad necesita ser preparada contra aquellos juicios de los cuales Morgan (1988) nos previene. De modo más pertinente, Everett (2004) ofrece un consejo contra la naturaleza de gran parte de la contabilidad ambiental – particularmente por su dualismo simplista. Parece correcto que debemos buscar críticas penetrantes de una contabilidad (ambiental) simplista –siempre habrá una contradicción en el corazón de cualquier contabilidad que puede hablar directamente a las organizaciones de negocios dado que en tales circunstancias sólo puede hablar como una tecnología de la modernidad que busca tratar con los mismos temas causados por la tecnología y la organización de la modernidad. Todo esto entonces es entendido a través de una mentalidad predominantemente moderna. Esto resuena con el proyecto de Lehman en el cual él ha desarrollado una crítica constructiva considerable de la contabilidad social y ambiental. Lehman (2006, p. 759) sugiere que “la contabilidad es una práctica que se mueve en un espacio de razón” y en su “intento de crear un cambio social a través de supuestos racionales perpetua una estrategia que permanece atrapada dentro de los confines del presente” (p. 765). Así, se pregunta Lehman, “¿Qué tanto contribuye la contabilidad y la investigación contable a la derivación de buenas decisiones?” – ¿o a evitar las malas decisiones? (p. 761).

Consejos como este (ver también, Cooper, 1992, por ejemplo) pueden sugerir que cualquier intento de ofrecer alguna cuenta alternativa –una narrativa desafiante– podría estar condenado, con toda probabilidad, a crear más daño que bien. Hasta el punto de que tales cuentas están

legitimando (Puxti, 1991) o reforzando (Neu, Warsame y Pedwell, 1998) las mismas cosas/actividades que causaron la preocupación en el primer lugar entonces el consejo puede estar bien. Esta no es, sin embargo, una aseveración que pueda ser demostrada empíricamente en algún sentido conclusivo²⁹.

Así, el corolario tiene poco sentido –práctica o teóricamente. Dejar sin desafío un cuerpo de narrativa que es totalizante y que mantiene y desarrolla demandas evidentemente incorrectas y potencialmente amenazadoras de la vida no parece ser una estrategia digna de elogios. En realidad, tanto Lehman como Everett sugieren algunas direcciones potenciales hacia las cuales el desafío puede ser ejercido (ver también, Cooper et al., 2005). En el caso de Lehman, la respuesta está en el comunitarismo, el compromiso y un movimiento desde la rendición de cuentas procesal hacia el desarrollo de, sospecho, algo más cercano a la noción de proximidad (closeness) de Rawls. Es decir, las cuentas formales no sólo buscan negociar la distancia entre las partes sino que posibilitan que la distancia sea mantenida. Lehman podría movernos hacia una contabilidad más personal y orgánica que implique un contacto más personal y espiritual y menos distancia y formalidad (ver también, Gray, Bebbington y Collison, 2006). En el caso de Everett algo que proviene del feminismo radical, que ofrece más contradicciones útiles parece ser ideal. Cooper et al., ofrecen narrativas diferentes y desafiantes, basadas externamente (similar a las auditorías sociales externas, ver, por ejemplo, Geddes, 1991).

Lo anterior lleva a una breve preocupación sobre las personas de paja (straw persons). Mientras los desafíos a la contabilidad social y ambiental han sido sustanciales e importantes, lo que es desafiado no necesariamente es lo que la contabilidad social y ambiental deba ofrecer. Reconocer que hay una tendencia poco examinada hacia una auto-disciplina pragmática en el establecimiento de políticas y en la investigación contable orientada a la práctica, el propósito de cualquier narrativa contable social nueva (si bien basada organizacionalmente) lleva un patrón imposible entre lo especulativo pero no fundamentado y lo empírico pero capturado y castrado. Sin embargo, si narrativas alternativas pueden ser ofrecidas tal que sean (digamos) autopoieticas pero que *no* codificarán (al menos inicialmente); si las narrativas pueden ofrecer unas voces alternativas múltiples articular algún sentido de un “otro” (Jones et al., 2005, cap. 6) entonces la inevitabilidad de la captura (después de todo el genio del capitalismo está en la apropiación de todo, cualquier cosa) no socava necesariamente la validez de tales cuentas.

En realidad, es precisamente esto lo que Zimmerman podría requerir de nosotros cuando, basándose en Naess y Heidegger, argumenta que “cumplimos cuando responsable y juiciosamente ‘hablamos’ al mundo de nuevo” (Zimmerman, p. 121).

Parece que es precisamente lo que debemos hacer por la (in)sostenibilidad. Debemos considerar cómo podemos hablar de nuevo de nosotros mismos, nuestra espiritualidad (Gladwin et al., 1995b), nuestra esencia en la naturaleza (Hines, 1991) y algo más grande que nosotros mismos y nuestra sobrevivencia (Zimmerman, 1994, p. 121; Eckersley, 2007) en frente a las demandas

²⁹ El contra-argumento, en su punto más simple, es que las cuentas alternativas emergen de otras voces y cambian los discursos y mientras ellas pueden dejar de producir la destrucción del capitalismo, se puede decir que ofrecen diferencias con la hegemonía.

sombrías, vacías, destructoras, infundadas y ultimadamente hiperreales del capitalismo acerca de las sostenibilidad.

Nuestro camino hacia una apelación a la postmodernidad crítica fue establecido para nosotros por Zimmerman (1994) y Dresner (2002). Aunque escogidos dentro de las articulaciones de la Ecología Profunda, nuestros intentos por sonsacar una forma de conocer sobre la sostenibilidad nos ha ofrecido algunas resonancias tentadoras con: la modernidad reflexiva de Giddens y Beck; además de los vislumbres inesperados de Levinas y Latour; y, quizás, al final, un lente sobre el mundo proveído por Bateson (2000/1972) y Bateson y Bateson (1988). En esencia, Bateson busca convencernos de que a pesar de lo condicional que pueden ser nuestras verdades, permanecen categorías de experiencia que evitan a nuestro propio riesgo. Como humanos, nos aferramos a la arrogancia de nuestra inteligencia febril y facilista cuando negamos –o dejamos de abrazar– nuestro basamento en una fisicalidad y en un entrelazamiento inextricable que llamamos “Naturaleza”. Que la ciencia y la modernidad pueden ser condicionales, parciales y dignas de desafío no nos dice en ningún sentido que todas las conclusiones a través de los lentes de la ciencia sean esencialmente no ciertas. La modernidad continúa para ofrecer un componente (probablemente esencial) en nuestra concepción de nuestro lugar y nuestras necesidades de una sostenibilidad planetaria.

Así, a pesar de todo la misma duda propia, la vacilación y resistencia para totalizar las cuentas que podemos desear emplear, parece haber sólo locura en cualquier postura que rechaza de plano las cuentas de la profanación planetaria y la injusticia social que actualmente conocemos como in-sostenibilidad. Nuestras cuentas de la (in)sostenibilidad planetaria son persuasivas y deben responder a ella. Y, con toda probabilidad, requiere nuestra respuesta en un periodo relativamente corto de tiempo si la catástrofe adicional, la injusticia y la destrucción biosférica irreversible deben ser evitadas o aminoradas.

Si hay dudas sobre las demandas epistémicas sobre la (in)sostenibilidad global, hay dudas de cómo mínimo la igual persuasión sobre las causas de tal in-sostenibilidad. Sin embargo, el argumento de que necesitamos ajustar las cuentas de las relaciones entre la (in)sostenibilidad y la actividad corporativa, económica y financiera parece fuerte. Primero, la principal fuente probable de in-sostenibilidad es el uso de recursos y la producción de desechos –la actividad económica y el consumo en otras palabras³⁰. Por lo tanto, al observar las fuentes principales de la in-sostenibilidad, la actividad económica en general y el crecimiento y éxito corporativo y financiero en particular son fuertes candidatos³¹. Segundo, tal como hemos visto muchas corporaciones y cuerpos de representación corporativos han estado haciendo un rango de demandas importantes relacionadas a su relación con la sostenibilidad –y la apropiación de una agenda en el proceso.

³⁰ Hay una heurística simple bien establecida y ampliamente empleada sobre la in-sostenibilidad desde Erlich y Erlich (1978) representada como $I = P \times A \times T$, donde I = Impacto; P = Población; A = Afluencia y T = Tecnología. Las corporaciones están profundamente involucradas tanto en T como en A y por lo tanto, con toda probabilidad, en I. La exclusión de la población de las fuentes probables de in-sostenibilidad no es una omisión inconsciente. Es más un reconocimiento que no estoy consciente de que la contabilidad tenga mucho que decir sobre la materia de la población.

³¹ Más especialmente, el Occidente con su privilegio temporal y geográfico importante y su nivel impresionante de bienestar material es ciertamente el lugar donde los beneficios del capitalismo de inicios del siglo veintiuno estén en su más prominente: en tales circunstancias cualquier límite a la prueba podría ser fácilmente pensado como subyacer aquí –si sólo sobre la base de buscar coincidir la responsabilidad con el poder.

Estas demandas están carentes de sustanciación y tal falta de sustanciación tiene inmensas implicaciones para el establecimiento de políticas y para las acciones de la sociedad civil. Parece enteramente oportuno considerar una necesidad por narrativas de sostenibilidad en el nivel corporativo de alguna forma en orden a ofrecer desafíos a tal hegemonía corporativa (ver, por ejemplo, Milne et al., 2006).

Así, sospecho, podemos proveer un caso de alguna sustancia para conseguir narrativas de sostenibilidad en el nivel organizacional –a pesar de las dificultades (imposibilidades) inherentes a tal tarea (Lamberton, 1998). Esta misma dificultad debe, especialmente cuando es construida sobre las incertidumbres epistemológicas que hemos revisado anteriormente, llevándonos a repudiar cualquier noción de que haya alguna posibilidad de “una” o “la” cuenta de sostenibilidad. No sólo puede una pluralidad de narrativas de la in-sostenibilidad –en vez de intentos fútiles de sostenibilidad– tal como Spence y Gray (2008) argumentan. La clave, parece, será por lo tanto re-habilitar los experimentos considerados en “¿Cómo luce la contabilidad para la sostenibilidad?” como fuentes principales de contra-narrativas, como parte de una expresión múltiple y plural de la sostenibilidad en las organizaciones. Adicionalmente, si podemos empezar a reconocer explícitamente que algunas de las más modernas, realistas cuentas necesitan de ser dotadas de voz junto con las demandas de Lehman por cuentas más procesales –quizá aún dialógicas (Thomson y Bebbington, 2005); luego, con toda probabilidad, el proyecto de preparar y compartir cuentas múltiples y condicionales de la (in)sostenibilidad organizacional junto con cuentas de la irresponsabilidad y falta de rendición de cuentas (un-accountability) pueden ser animadas a prosperar. Y, al hacerlo, pienso que nos conducirá a ofrecer alguna explicación al desafío de (por ejemplo) Everett (2004) y Everett y Neu (2000) y para reconocer que solamente derivamos un rango de múltiples voces que pueden proveer una sustanciación de sus demandas y hablar al mundo de nuevo y proveer nuevas narrativas de la (in)sostenibilidad.

Agradecimientos

Este documento se deriva de una presentación inicialmente preparada para el seminario AOS “Calculating Sustainability” realizado en Venecia, en Marzo de 2007. Los comentarios de los participantes en tal seminario y los iniciales estímulos de Anthony Hopwood y Fabrizio Panozzo son reconocidos gratamente. Los comentarios subsecuentes de, *inter alia*, Nick Barter, David Collison, Jesse Dillard, Sue Gray, Anthony Hopwood, Richard Laughlin, Markus Milne, David Owen, Paolo Quattrone, Crawford Spence, participantes en el APIRA y el Congreso CSEAR (UK) y los árbitros anónimos han tenido una gran influencia sobre la dirección del artículo y su larga lucha hacia su completitud. Gracias.

Referencias

Abercrombie, N., Hill, S., & Turner, B. S. (1984). Dictionary of sociology. Harmondsworth, Middlesex: Penguin.

ACCA (2002). ACCA and sustainability (CD-ROM). London: ACCA.

Adams, C., & Narayanan, V. (2007). The standardisation of sustainability reporting. In Sustainability accounting and accountability (pp. 71–85). London: Routledge.

American Institute of Certified Public Accountants (2003). FAQs on sustainability reporting. New York: AICPA <http://www.aicpa.org/innovation/baas/environ/faq.htm>. January 2009.

- Bailey, R. (Ed.). (2002). *Global Warming and Other Eco-Myths: How the environmental movement uses false science to scare us to death*. Roseville, California: Prima Publishing.
- Bakan, J. (2004). *The corporation: The pathological pursuit of profit and power*. London: Constable and Robinson.
- Banerjee, S. B. (2002). Corporate environmentalism: The construct and its measurement. *Journal of Business*, 55, 177–191.
- Bateson, G. (2000/1972). *Steps to an ecology of the mind*. London: University of Chicago.
- Bateson, G., & Bateson, C. (1988). *Angels fear: Towards an epistemology of the sacred*. London: Bantam Books.
- Baxter, B. (1999). *Ecologism: An introduction*. Edinburgh: Edinburgh Press.
- Baxter, T., Bebbington, J., & Cutteridge, D. (2004). Sustainability assessment model: Modelling economic, resource, environmental and social flows of a project. In A. Henriques & J. Richardson (Eds.), *The triple bottom line: Does it all add up?* (pp 113–120). London: Earthscan.
- Bebbington, J. (2001). Sustainable development: A review of the international development, business and accounting literature. *Accounting Forum*, 25(2), 128–157.
- Bebbington, J. (2007). *Accounting for sustainable development performance*. London: CIMA.
- Bebbington, K. J., & Gray, R. H. (2001). An account of sustainability: Failure, success and a reconception. *Critical Perspectives on Accounting*, 12(5), 557–587.
- Bebbington, K. J., Gray, R. H., Hibbitt, C., & Kirk, E. (2001). *Full cost accounting: An agenda for action*. London: ACCA.
- Bebbington, K. J., & Thomson, I. (1996). *Business conceptions of sustainability and the implications for accountancy*. London: ACCA.
- Beck, U. (1992). *The risk society*. London: Sage.
- Beder, S. (1997). *Global spin: The corporate assault on environmentalism*. London: Green Books.
- Beder, S. (2006). *Suiting Themselves: How corporations drive the global agenda*. London: Earthscan.
- Buhr, N., & Reiter, S. (2006). Ideology, the environment and one world view: A discourse analysis of Noranda's environmental and sustainable development reports. In M. Freedman, B. Jaggi, (Eds.), *Advances in environmental accounting and management* (pp. 1–48). Vol. 3, 2006.
- Carson, R. (1962). *Silent spring*. Boston: Houghton Mifflin.
- Cave, M., Hanney, S., Kogan, M., & Trevett, G. (1988). *The use of performance indicators in higher education: A critical analysis of developing practice*. London: Jessica Kingsley.
- Chambers, N., & Lewis, K. (2001). *Ecological footprint analysis: Towards a sustainability indicator for business*. ACCA Report No.65. London: ACCA.
- Cooper, C. (1992). The non and nom of accounting for (m)other nature. *Accounting, Auditing and Accountability Journal*, 5(3), 16–39.
- Cooper, C., Taylor, P., Smith, N., & Catchpole, L. (2005). A discussion of the political potential of social accounting. *Critical Perspectives on Accounting*, 16, 951–974.
- Daly, H. E. (Ed.). (1980). *Economy, ecology ethics: Essays toward a steady state economy*. San Francisco: W.H. Freeman.
- Doane, D. (2005). The myth of CSR. *Stanford Social Innovation Review* <www.ssireview.com/pdf/2005FA_Feature_Doane.pdf>.
- Dresner, S. (2002). *The principles of sustainability*. London: Earthscan.
- Dryzek, J. S. (1997). *The politics of the earth: Environmental discourses*. Oxford: Oxford University Press.
- Dunlap, R. E., & Van Lieve, K. D. (1978). The new environmental paradigm: A proposed measuring instrument and preliminary results. *Journal of Environmental Education*, IX Summer 10–19.
- Eckersley, R. (2007). Ecological intervention: Prospects and limitations. *Ethics and International Affairs*, 21(3), 293–316.
- Ekins, P., Simon, S., Deutsch, L., Folke, C., & De Groot, R. (2003). A framework for the practical application of the concepts of critical natural capital and strong sustainability. *Ecological Economics*, 44(2/3), 165–185.

Erlich, P. R., & Erlich, A. H. (1978). *Humanity at the crossroads* Stamford Magazine Spring/Summer 1978 reprinted in Daly H.E. (Ed.) (1980) *Economy, Ecology, Ethics: Essays toward a steady state economy* (pp. 38–43). San Francisco: W.H. Freeman.

Erusalimsky, A., Gray, R., & Spence, C. (2006). Towards a more systematic study of standalone corporate social, environmental and sustainability reporting: An exploratory pilot study of UK reporting. *Social and Environmental Accounting Journal*, 26(1), 12–19.

Everett, J. (2004). Exploring (false) dualisms for environmental accounting praxis. *Critical Perspectives on Accounting*, 15(8), 1061–1084.

Everett, J., & Neu, D. (2000). Ecological modernization and the limits of environmental accounting. *Accounting Forum*, 24(1), 5–29.

Fiala, N. (2008). Measuring sustainability: Why the ecological footprint is bad economics and bad environmental science. *Ecological Economics*, 67, 519–525.

Figge, F., & Hahn, T. (2004). Sustainable Value Added – measuring corporate contributions to sustainability beyond eco-efficiency. *Ecological Economics*, 48, 173–187.

Geddes, M. (1991). The social audit movement. In D. L. Owen (Ed.), *Green reporting* (pp. 215–241). London: Chapman Hall.

Giddens, A. (1994). *Beyond left and right*. Cambridge: Polity.

Gladwin, T. N. (1993). Envisioning the sustainable corporation. In T. Emily (Ed.), *Smith managing for environmental excellence*. Washington DC: Island Press.

Gladwin, T. N. (1999). A call for sustainable development. *Mastering Strategy/Financial Times* Monday December 13, 2–4.

Gladwin, T. N., Kennelly, J. J., & Krause, T.-S. (1995a). Shifting paradigms for sustainable development: Implications for management theory and research. *Academy of Management Review*, 20(4), 874–907.

Gladwin, T. N., Krause, T.-S., & Kennelly, J. J. (1995b). Beyond ecoefficiency: Towards socially sustainable business. *Sustainable Development*, 3, 35–43.

Gladwin, T. N., Newburry, W. E., & Reiskin, E. D. (1997). Why is the Northern elite mind biased against community, the environment and a sustainable future? In M. H. Bazerman, D. Messick, A. Tenbrunsel, & K. A. Wade-Benzoni (Eds.), *Environment, ethics and behaviour: The psychology of environmental valuation and degradation* (pp. 234–274). San Francisco: New Lexington.

Glatzer, W. (1981). An overview of the international development in macro social indicators. *Accounting, Organizations and Society*, 6(3), 219–234.

Goldblatt, D. (1996). *Social theory and the environment*. Oxford: Blackwell.

Goldsmith, E. et al. (1972). *Blueprint for survival*. Harmondsworth: Penguin.

Gray, R. H. (1992). Accounting and environmentalism: an exploration of the challenge of gently accounting for accountability, transparency and sustainability. *Accounting Organisations and Society*, 17(5), 399–426.

Gray, R. H. (2000). Current developments and trends in social and environmental auditing, reporting and attestation: A review and comment. *International Journal of Auditing*(November), 247–268.

Gray, R. H. (2002). The social accounting project and accounting organizations and society: Privileging engagement, imaginings, new accountings and pragmatism over critique. *Accounting Organizations and Society*, 27(7), 687–708.

Gray, R. (2006a). Social, environmental, and sustainability reporting and organisational Value Creation? Whose Value? Whose Creation? *Accounting, Auditing and Accountability Journal*, 19(3), 319–348.

Gray, R. H., Dey, C., Owen, D., Evans, R., & Zadek, S. (1997). Struggling with the praxis of social accounting: Stakeholders, accountability, audits and procedures. *Accounting, Auditing and Accountability Journal*, 10(3), 325–364.

Gray, R. H. (2006b). Does sustainability reporting improve corporate behaviour? Wrong question? Right time? *Accounting and Business Research (International Policy Forum)*, 2006, 65–88.

- Gray, R. H. (2008). Envisioning sustainability and re-envisioning the large corporation: A short review essay on business and sustainable development. *Social and Environmental Accountability Journal*, 28(1), 45–48.
- Gray, R. H., & Bebbington, K. J. (2000). Environmental accounting, managerialism and sustainability: Is the planet safe in the hands of business and accounting? *Advances in Environmental Accounting and Management*, 1, 1–44.
- Gray, R. H., & Bebbington, K. J. (2001). *Accounting for the environment* (2nd ed.). London: Sage.
- Gray, R., & Bebbington, K. J. (2007). Corporate sustainability: Accountability and the pursuit of the impossible dream. In G. Atkinson, S. Dietz, & E. Neumeier (Eds.), *Handbook of sustainable development* (pp. 376–390). Cheltenham: Edward Elgar.
- Gray, R., Bebbington, J., & Collison, D. J. (2006). NGOs, Civil Society and Accountability: Making the people accountable to capital. *Accounting, Auditing and Accountability Journal*, 19(3), 319–348.
- Gray, R. H., Dey, C., Owen, D., Evans, R., & Zadek, S. (1997). Struggling with the praxis of social accounting: Stakeholders, accountability, audits and procedures. *Accounting, Auditing and Accountability Journal*, 10(3), 325–364.
- Gray, R. H., Dillard, J., & Spence, C. (in press). Social accounting as if the world matters: An essay in Postalgia and a new absurdism. *Public Management Review*.
- Gray, R. H., & Milne, M. (2002). Sustainability reporting: Who's kidding whom? *Chartered Accountants Journal of New Zealand*, 81(6), 66–70.
- Gray, R. H., & Milne, M. (2004). Towards reporting on the triple bottom line: Mirages, methods and myths. In A. Henriques & J. Richardson (Eds.), *The triple bottom line: Does it all add up?* (pp 70–80). London: Earthscan. Chapter 7.
- Gray, R. H., Owen, D. L., & Adams, C. (1996). *Accounting and accountability: Changes and challenges in corporate social and environmental reporting*. London: Prentice Hall.
- Greer, J., & Bruno, K. (1996). *Greenwash: The reality behind corporate environmentalism*. Penang/New York: Third World Network/Apex Press.
- Hawken, P., Lovins, A. B., & Lovins, L. H. (1999). *Natural capitalism: The next industrial revolution*. London: Earthscan.
- Henriques, A., & Richardson, J. (2004). *The triple bottom line: Does it add up?* London: Earthscan.
- Herbohn, K. (2005). A full cost accounting experiment. *Accounting, Organizations and Society*, 30(6), 519–536.
- Hines, R. D. (1988). Financial accounting: In communicating reality, we construct reality. *Accounting, Organizations and Society*, 13(3), 251–261.
- Hines, R. D. (1991). Accounting for nature. *Accounting, Auditing and Accountability Journal*, 4(3), 27–29.
- Hitchcock, D., & Willard, M. (2006). *The business guide to sustainability: Practical strategies and tolls for organisations*. London: Earthscan. pp. xxiv + 248.
- Hopwood, A. (2008). Making the environment visible. *EAA Newsletter*, 3, 9–10.
- Howes, R. (2004). Environmental cost accounting: Coming of age? Tracking organisation performance towards environmental sustainability. In A. Henriques & J. Richardson (Eds.), *The triple bottom line: Does it all add up?* (pp 99–112). London: Earthscan.
- Institute of Chartered Accountants in England and Wales (2004). *Sustainability: the role of accountants* (in the Information for Better Markets series. London: ICAEW).
- Jones, Campbell, Martin, Parker, & Ten Bos, Bene (2005). *For business ethics*. London: Routledge.
- Jones, M. J. (1996). Accounting for biodiversity: A pilot study. *British Accounting Review*, 28(4), 281–303.
- Jones, M. J. (2003). Accounting for biodiversity: Operationalising environmental accounting. *Accounting Auditing and Accountability Journal*, 16(5), 762–789.
- Jones, M. J., & Matthews, J. (2000). *Accounting for biodiversity: A natural inventory of the Eden Valley Nature Reserve Occasional Paper No 29*. London: ACCA.
- Kilbourne, W. E., Beckmann, S. C., & Thelen, E. (2002). The role of the dominant social paradigm in environmental attitudes: A multinational examination. *Journal of Business Research*, 55, 193–204.

- Korten, D. C. (1995). *When corporations rule the world*. West Hatford/San Francisco: Kumarian/Berrett-Koehler.
- Korten, D. (1999). *The Post-Corporate World: Life after capitalism*. San Francisco/West Hartford: Berrett-Koehler/Kumerian.
- Kovel, J. (2002). *The enemy of nature: The end of capitalism or the end of the world?* London: Zed Books.
- Lamberton, G. (1998). Exploring the accounting needs of an ecologically sustainable organisation. *Accounting Forum* 22.2(September), 186–209.
- Lamberton, G. (2000). Accounting for sustainable development – A case study of City Farm. *Critical Perspectives on Accounting*, 11(5), 583–605.
- Latour, B. (1998). To modernize or to ecologize? That's the question. In N. Castree & B. Willems-Braun (Eds.), *Remaking reality: Nature at the millennium*. London: Routledge.
- Lehman, G. (2001). Reclaiming the Public Sphere: Problems and prospects for corporate social and environmental accounting. *Critical Perspectives on Accounting*, 12(6), 713–733.
- Lehman, G. (2006). Perspectives on language, accountability and critical accounting: An interpretative perspective. *Critical Perspectives on Accounting*, 17, 755–779.
- Leopold, A. (1949/1989). *A sand county almanac: And sketches here and there*. Oxford: Oxford University Press.
- Levy, D. L., & Egan, D. (2003). A neo-Gramscian approach to corporate political strategy: Conflict and accommodation in the climate change negotiations. *Journal of Management Studies*, 49(4), 803–829.
- Livesey, S. M., & Kearins, K. (2002). Transparent and caring corporations? A study of sustainability reports by The Body Shop and Royal Dutch/Shell. *Organization and Environment*, 15(3), 233–258.
- Lohmann, L. (2009). Toward a different debate in environmental accounting: The cases of carbon and cost–benefit. *Accounting, Organizations and Society*, 34(3–4), 499–534.
- Lomborg, B. (2001). *The skeptical environmentalist; measuring the real state of the world*. Cambridge: Cambridge University Press.
- McCloskey, D. N. (1998). *The rhetoric of economics*. Wisconsin: University of Wisconsin Press.
- McElroy, M. (2008). *Social footprints: Measuring the social sustainability performance of organizations*. PhD Thesis. University of Groningen.
- Maunder, K. T. (2007). Culture versus sustainability – A case study from the Fiji Islands. *APCEA Journal*, 13(4), 2–8.
- Mayhew, N. (1997). Fading to Grey: the use and abuse of corporate executives' 'representational power'. In R. Welford (Ed.), *Hijacking environmentalism: Corporate response to sustainable development* (pp. 63–95). London: Earthscan.
- Meadows, D. H., Meadows, D. L., Randers, J., & Behrens, W. H. (1972). *The limits to growth*. London: Pan.
- Meadows, D. H., Randers, J., & Meadows, D. L. (2004). *The limits to growth: The 30-year update*. London: Earthscan.
- Millennium Ecosystem Assessment. (2005). *Living beyond our means: Natural assets and human well-being: Statement from the board* <<http://www.millenniumassessment.org/en/Products.BoardStatement>>.
- Milne, M., Ball, A., Gray, R. (2008). *Wither ecology? The triple bottom line, the global reporting initiative, and the institutionalization of corporate sustainability reporting*. Paper presented to the American Accounting Association, Anaheim, August 2008.
- Milne, M., & Gray, R. H. (2007). Future prospects for corporate sustainability reporting. In J. Unerman, J. Bebbington, & B. O'Dwyer (Eds.), *Sustainability accounting and accountability* (pp. 184–208). London: Routledge.
- Milne, M. J., Kearins, K. N., & Walton, S. (2006). Creating adventures in wonderland? The journey metaphor and environmental sustainability. *Organization*, 13(6), 801–839.
- Milne, M. J., Tregigda, H. M., & Walton, S. (2003). The triple bottom line: Benchmarking New Zealand's early reporters. *University of Auckland Business Review*, 5(2), 36–50.
- Mintzberg, H. (1983). The case for corporate social responsibility. *The Journal of Business Strategy*, 4(2), 3–15.

- Moneva, J. M., Archel, P., & Correa, C. (2006). GRI and the camouflaging of corporate unsustainability. *Accounting Forum*, 30(2), 121–137.
- Morgan, G. (1988). Accounting as reality construction: Toward a new epistemology for accounting practice. *Accounting, Organizations and Society*, 13(5), 477–485.
- Naess, A. (1989). *Ecology, community and lifestyle*. Cambridge: CUP.
- Neu, D., Warsame, H., & Pedwell, K. (1998). Managing public impressions: Environmental disclosures in annual reports. *Accounting Organizations and Society*, 23(3), 265–282.
- Oberndorfer, M. (2004). *Sustainability Pays off: An analysis about the stock exchange performance of members of the World Business Council for Sustainable Development (WBCSD)*. Vienna: Kommunalkredit Dexia Asset Management.
- O’Neil, J., Holland, A., & Light, A. (2008). *Environmental values*. Abingdon: Routledge.
- Owen, D., Gray, R., & Bebbington, K. J. (1997). Green accounting: Cosmetic irrelevance or radical agenda for change? *Asia-Pacific Journal of Accounting*, 4(2), 175–198.
- Pallof, J. (1997). Infrastructure accounting for local authorities: Technical management and political context. *Financial Accountability and Management*, 13(3), 224–225.
- Parke, R., & Peterson, J. L. (1981). Indicators of social change: Developments in the USA. *Accounting, Organizations and Society*, 6(3), 235–246.
- Passmore, J. (1980). *Man’s responsibility for nature*. London: Duckworth.
- Pezzey, J. (1989a). *Definitions of sustainability* (vol. 9). London: UK CEED.
- Pezzey, J. (1989b). *Economic analysis of sustainable growth and sustainable development*. Washington DC: World Bank.
- Porritt, J. (2005). *Capitalism: as if the world matters*. London: Earthscan.
- Puxty, A. G. (1991). Social accountability and universal pragmatics. *Advances in Public Interest Accounting*, 4, 35–46.
- Quattrone, P. (2006). The possibility of the testimony: A case for case study research. *Organisation*, 13(1), 143–157.
- Ranganathan, J. (1998). *Sustainability rulers: Measuring corporate environmental and social performance: Sustainable enterprises perspectives series*. Washington DC: World Resources Institute.
- Redclift, M. (1987). *Sustainable development: Exploring the contradictions*. London: Methuen.
- Russell, B. (1986). Original published in 1912. *The problems of philosophy*. Oxford: Oxford University Press.
- Satterthwaite, D. (1999). *The earthscan reader in sustainable cities*. London: Earthscan.
- Schumacher, E. F. (1973). *Small is beautiful*. London: Abacus.
- Simon, J. L., & Kahn, H. (Eds.). (1984). *The resourceful earth: A response to Global 2000*. New York: Blackwell.
- Simonis, U. E. (2008). International year of planet earth: Four reports on status and trends. *International Journal of Social Economics*, 35(6), 466–471.
- Spence, C. (2009). Social accounting’s emancipatory potential: A Gramscian Critique. *Critical Perspectives on Accounting* 20(2) 205–227.
- Spence, C., & Gray, R. (2008). *Social and environmental reporting and the business case*. London: ACCA.
- Sustainable Seattle (1998) *Indicators of Sustainable Community* (pdf) <<http://www.sustainableseattle.org/Programs/RegionallIndicators/1998IndicatorsRpt.pdf>>.
- SustainAbility (2002). *Trust Us: The 2002 Global Reporters survey of corporate sustainability reporting*. London: SustainAbility/UNEP.
- Taplin, J. R. D., Bent, D., Aeron-Thomas, D. (2006). Developing a sustainability accountability framework to inform strategic business decisions: A case study from the chemicals industry. *Business Strategy and the Environment* (Special issue on sustainability accounting) 15(5), 347–360.
- Thomson, I. (2007). Mapping the terrain of sustainability accounting. In J. Unerman, J. Bebbington, & B. O’Dwyer (Eds.), *Sustainability accounting and accountability* (pp. 19–36). London: Routledge. Chapter 1.

Thomson, I., & Bebbington, J. (2005). Social and environmental reporting in the UK: A pedagogic evaluation. *Critical Perspectives on Accounting*, 16(5), 507–533.

Thorpe, J., & Prakash-Mani, K. (2003). Developing Value: The business case for sustainability in emerging markets. *Greener Management International (Special Issue on Sustainability Performance and Business Competitiveness)* (44) 17–32.

Tinker, T., Lehman, C., & Neimark, M. (1991). Corporate social reporting: Falling down the hole in the middle of the road. *Accounting, Auditing and Accountability Journal*, 4(2), 28–54.

Tregidga, H. M., & Milne, M. J. (2006). From sustainable management to sustainable development: A longitudinal analysis of a leading New Zealand environmental reporter. *Business Strategy and the Environment*, 15(4), 219–241.

United Nations Environment Programme (UNEP) (2002). *Global Environmental Outlook (GEO-3)*. London: Earthscan. United Nations World Commission on Environment and Development,

WCED. (1987). *Our common future (The Brundtland Report)*. Oxford: OUP.

Wackernagel, M., & Rees, W. (1996). *Our ecological footprint: Reducing human impact on the earth*. Gabriola Island, BC: New Society Publishers.

Ward, B. (1966). *Spaceship earth*. Harmondsworth: Penguin.

WWF. (2004). *Living planet report 2004*. Gland, Switzerland: WWF – World Wide Fund for Nature.

Zimmerman, M. E. (1994). *Contesting earth's future: Radical ecology and postmodernity*. London: University of California Press.